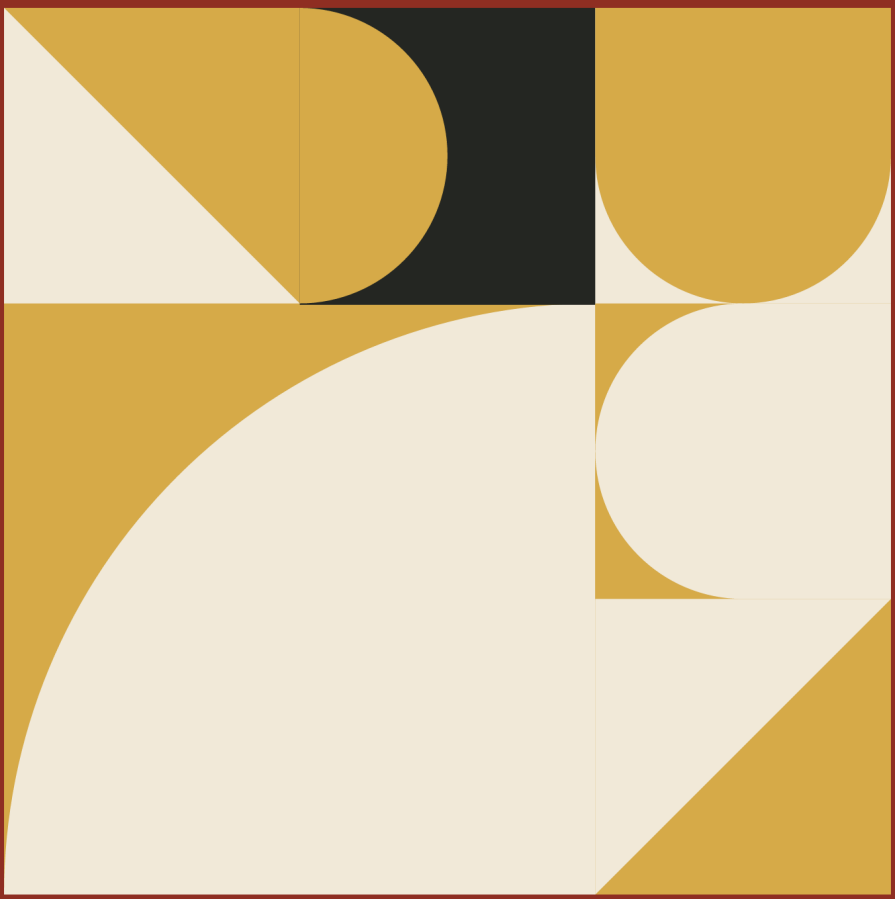
Félix Lope de Vega y Carpio

El caballero de Illescas



GENIO MALIGNO

FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO

El caballero de Illescas

GENIO MALIGNO

El caballero de Illescas, de Félix Lope de Vega y Carpio.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1635. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1706.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/El_caballero_de_Illescas. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Prólogo

El caballero de Illescas

Félix Lope de Vega y Carpio

Dirigida al maestro Vicente Espinel y su maestro

Debe España a vuesa merced señor Maestro, dos cosas, que aumentadas en esta edad la ilustran mucho: las cinco cuerdas del instrumento que antes era tan bárbaro con cuatro, los primeros tonos de consideración de que ahora está tan rica y las diferencias y géneros de versos con nuevas elocuciones y frasis, particularmente las décimas, que si bien se hallan algunas en los antiguos, no de aquel número, como en Juan de Mena, las que comienzan «Muy más clara que la Luna». Composición suave, elegante y difícil, y que ahora en las comedias luce notablemente con tal dulzura y gravedad, que no reconoce ventaja a las canciones extranjeras. Verdad es, que en la lengua francesa las he leído escritas por el señor de Malherbe, en las obras de diversos poetas. Pero por el año de su impresión consta que pudo imitarlas, si bien se diferencian en la cadencia del verso quinto. Justamente se debe a ese peregrino ingenio el nombre de Apolo Español, pues en la música y poesía (de que le hacía Dios la antigüedad) ha

sido Fénix único, y pluguiera al cielo que como le pintaba siempre joven vuesa merced pudiera serlo, Maestro mío. Esta propiedad entre otras le dio Calímaco.

et idem,

formosus semper, semper iuuenisque, nec ille
foemineae quantum nigrent lanugine malae.

¡Oh ciego error de esta provincia, no premiar tales méritos! ¡Oh méritos dignos de haber nacido donde tuvieran premio! Pero como desterrado del cielo, por el sentimiento de la muerte de Esculapio le pinta Luciano en sus diálogos, no es mucho que pase los trabajos mismos.

Et clarum Apollinem
viris letitiam amicis,
propinquum custodem ouium.

El caballero de Illescas

Félix Lope de Vega y Carpio

Dijo Píndaro en sus Pythacos. Notable fue la estimación que los antiguos hicieron de la música, cuyos milagros deber ser creídos, como de cosa celestial y divina. Pitágoras tañendo enfureció un mancebo y viendo, que celoso quería romper las puertas de su amiga para matarla, mudó el son Frigio en el cromático, música de quien hace memoria Natal Comite en su «Mitología, chromaticum melos adhibuerunt ad demulcendos animos», con que el furioso mozo detuvo el suyo. Así lo cuentan Boecio y Marco Tulio, y lo dijo Aristóteles en el libro octavo de sus «Politicos, Saepe aleuiat Melodia iratos, et facit laetos». Y por darla lugar en las virtudes, quisieron que Clitemnestra fuese casta, mientras la entretuvo aquel insigne músico, que le dejó Agamenon cuando se fue a Troya, como

lo afirman Filelfo y Séneca. Con música curaban mortales enfermedades Terprandro, Arion e Hismenias, graves filósofos, y lo confirma la opinión de Avicena. Solamente en honra de la música hallaron en las rigurosas leyes de Licurgo blandura los Lacedemonios. Dejó Alejandro el convite y tomó las armas incitado de la música de Timoteo Milesio, a quien vuesa merced parece tanto, pues de él se dice que «Decimam, et vndecimam Lyre chordam addidit, et antiquam musicam in meliorem mutauit modum». De este rapto hace Cicerón memoria, y san Basilio Magno, y el ejemplo de David con Saubes de mayor fuerza, gran excelencia de la música, que muchos de los espíritus malignos no puedan sufrirla, porque no pueden asistir a su celestial armonía y suavísimo concento. Y así también la vitoria de Josafat, cuando los israelitas cantaron delante del ejército. Mas, ¿para qué alabo yo esta divino y liberal arte con ejemplos comunes, al mismo Apolo, y de mayor oráculo que el délfico? Quédese pues la música especulativa y prática, a quien de entrambas ha sido insigne monstruo, que volviendo a las quejas de esta edad ingrata, tengo consuelo en que han de pagarle los futuros siglos lo que ha faltado el discurso de estos infelices años, que la virtud es premio de sí misma, y la fama no muere, pues hoy vive la de Anagenoris, a cuya música debieron su libertad cuatro ciudades. Y desde el origen que le dio Tubal (como consta de las sagradas letras) a la edad nuestra, donde tanto han florecido Guerrero, Tejeda, Cotes, Filipe Roger y el Capitán Romero, no ha borrado el tiempo de los libros de la inmortalidad la fama, nombre y vida de docto músico, ni olvidará jamás en los instrumentos el arte y dulzura de vuesa merced De Palomares y Juan Blas de Castro. Homero dijo que les dictaba Júpiter a los que cantaban, a lo que aludió San Agustín, llamando a la música en una de sus Epístolas,

«Dei donum», cuya máxima se ha confirmado en vuesa merced con notable ejemplo, pues parece que lo que ha cantado, le ha dictado el cielo, en tan excelentes versos que le podríamos decir lo que Ovidio de Apolo, «Per me concordant carmina neruis». Pero pues la figura música, como vuesa merced sabe, es una señal representativa de voz o de silencio, de voz por la diversidad de los puntos, y de silencio por las pausas, haciéndola yo a este discurso, como músico prático y no teórico.

El caballero de Illescas

Félix Lope de Vega y Carpio

Suspenderé la pluma, y no el deseo,
que en tanto Sol femenina me veo.

Y dejando los tres géneros de música: diatónico, cromático y enarmónico; en el cuarto y poético, con reconocimiento justo de mis obligaciones, al Apolo de la Poesía Latina y Española dedico esta comedia, aunque saliendo tantas con su aprobación, todas son suyas. Bien fuera justo consagrarle una lira de oro como a español Orfeo, o colocar la suya donde puso la Astrología, la que con siete cuerdas, a imitación de los siete planetas hizo aquel sabio, y ahora se miran transformadas en siete estrellas. Pues laureles ha merecido tantos, aunque a la grandeza de su ingenio desiguales todos, pero no pudiendo más, desearele la salud y vida que debo a su doctrina, ya que en la tierra no ha tenido el descanso digno a sus letras, pero sí, «Peregrina virtus in terris, in coelis ciuis».

Cantó y escribió Espinel,
para que le diese igual
la música celestial,
como la pluma el laurel.

Él se alabe, pues no hubiera
para encarecerle bien,
ni quien cantara tan bien,
ni quien tan bien escribiera.

Capellán de vuesa merced, Lope de Vega Carpio.

Elenco

El caballero de Illescas

Félix Lope de Vega y Carpio

Los que hablan en ella son los siguientes:

Juan Tomás, labrador

Pedro Tomás, su padre

Clenardo

Felino

Dorotea

Teodora

Corregidor

Alguaciles

Capitán

Campuzano

Mendoza

Rosales

Alvarado

Lisena

Don Lope de Mendoza

Don Juan de Toledo

Don Tello de Guzmán

El infante don Fernando (El rey Fernando)

Camilo

El conde Antonio

Octavia, su hija

Sirena

Celio

Horacio

Fabricio

Filandro

Roberto

Leonelo

Teodoro

Tirreno

Riselo

Belardo

Casilda

El marqués de Santillana

Sisto

La reina doña Isabel

Acto I

Sale JUAN TOMÁS, labrador, con un capotillo de dos haldas, polainas y una vara en la mano y dice:

JUAN TOMÁS:

Malas adivas tostadas
que las revienten, amén,
que no es posible que estén
solo un momento paradas.
Mas, que una pierna te quiebres,
todo es prisa de comer,
juro a Dios que han de meter
el carro hasta los pesebres.
¿Quién está acá? Buenos días.

(Dentro TOMÁS viejo, su padre.)

PEDRO TOMÁS:

Buenos los tengas.

JUAN TOMÁS:

Quisiera
tenerlos buenos si hubiera
con que alegrar las encías.

PEDRO TOMÁS:

En eso vendrás pensando.

JUAN TOMÁS:

Mientras vos estáis durmiendo
con pedir esto os ofendo,
debo de venirme holgando.

PEDRO TOMÁS:

Para quien es haragán,
cualquiera trabajo bonda.

JUAN TOMÁS:

Par Dios, no sé qué os responda,
gentil almuerzo me dan.
Debo yo de haber estado
sornando a mi buen placer,
teniendo bien que pacer
la grama y yerba del prado.

PEDRO TOMÁS:

Vendrá muerto de las eras,
no habrá dormido en la parva.

JUAN TOMÁS:

Que a un hombre de tanta barba
esto le digan de veras.

Soy un bellaco.

PEDRO TOMÁS:

A lo menos
no me pareciés a mí.

JUAN TOMÁS:

¿Luego en las malvas nací?

PEDRO TOMÁS:

No son de padres tan buenos.

JUAN TOMÁS:

No lo digáis, que yo os juro
que os escuso de mentir.

PEDRO TOMÁS:

Tan bueno os puedo decir.

JUAN TOMÁS:

Que podéis os aseguro,
mas no sé yo si es verdad.

PEDRO TOMÁS:

¿Pues hay en Illescas gente
más honrada?

JUAN TOMÁS:

Llanamente,
yo vengo [a] almorzar bondad.
Padre, vengo yo a informarme
de que soy hombre de bien,
o a que de almorzar me den.

PEDRO TOMÁS:

Por Dios que puedo alabarme
que ha habido de mi linaje
más de seis clérigos.

JUAN TOMÁS:

Cierto,
padre, que aún no estáis despierto;
haced que Casilda baje.

PEDRO TOMÁS:

Hijo, aunque con pobres capas
tenemos gran clerecía.

JUAN TOMÁS:

¿Y cuántos, por vida mía,
desos, padre, fueron papas?

PEDRO TOMÁS:

¿Papas?

JUAN TOMÁS:

Pues que os alabáis.

PEDRO TOMÁS:

¿No es harto tener un cura
por pariente?

JUAN TOMÁS:

Gran ventura,
si de algún mal enfermáis.

PEDRO TOMÁS:

Pues, necio, los más honrados
linajes que pueda haber,
¿qué más bien pueden tener
que clérigos y soldados?
Triste dél, si desto escapa,
que del soldado, en rigor,
se hace el emperador,
del clérigo se hace el papa.
Y el que clérigo y soldado
tiene en su linaje, crea
que no es posible que sea
ni pobre, ni desdichado.

JUAN TOMÁS:

Los que escuchan a los viejos,
como yo ahora os escucho,
puesto que no almuerzan mucho
aprenden buenos consejos.
Si érades aficionado
a clérigos, ¿por qué a mí
labrador me hicistes?

PEDRO TOMÁS:

Fui
padre en tu crianza honrado.
Lo primero que ha de hacer
un padre es considerar

cuál hijo puede estudiar
y cuál ganar de comer.
Advertir su inclinación
y darle en ella y que siga
lo que su estrella le obliga,
que juntas muy fuertes son.
Dos tuve, tú, Juan Tomás,
y Pedro, que fue el mayor,
mas llevómele el Señor.

JUAN TOMÁS:

¿Lloráis?

PEDRO TOMÁS:

No puedo hacer más.
Vile ingenioso y prudente,
humilde y bien entendido,
púsele a estodiar, que ha sido
del bien la primera fuente,
y pienso que, si viviera,
pudiera ser gran letrado.
Tras desto, considerado
tu humor de dentro y de fuera,
y averiguado el proceso
de tu traviesa niñez,
vi que a mi mala vejez
prenotaba un mal suceso.
Dite el campo, el aguijada,

el azadón, carro y trillo,
la vendimia, el escardillo,
y en fin, la capa y la espada.
Que tal vez de un labrador
sale un soldado valiente,
que a sí y a toda su gente
cubre de hacienda y de honor.
Eres un Roberto el Diablo,
no me obedeces, ni quieres,
solo el juego y las mujeres
es tu ordinario vocablo.
Vendísteme allá en Toledo
tres lechones, ahora un año,
tomaste a tu hermana el paño,
que aún tengo a su llanto miedo.
Húrtasme el trigo y cebada,
juras, votas, no te acuestas,
esgrimes todas las fiestas,
traes broquel, ciñes espada.
Es más notable tu historia
que la puente de Mantible,
y tu enmienda es imposible.

JUAN TOMÁS:
Aquí gracia y después gloria.
Bien vi yo que había de haber
en pidiendo de almorzar,

sermón para no lo dar,
con tema de no querer.
Mas pues decís que soy bueno
para negocios de guerra,
yo vivo en esta tierra
de tantos enfados lleno.
Yo os juro a Dios, que algún día
me dé de almorzar el Rey.

PEDRO TOMÁS:

¿A ti?

JUAN TOMÁS:

A mí.

PEDRO TOMÁS:

¡Qué hermoso buey!

JUAN TOMÁS:

¿No puede ser?

PEDRO TOMÁS:

Bien podría,
que Dios que hizo hablar la burra
de Balán, bien puede hacer
que el Rey te dé comer.

JUAN TOMÁS:

¿Quién habrá que no se aburra
y se vaya noramala?

PEDRO TOMÁS:

¿Dónde vas?

JUAN TOMÁS:

Por la mohosa.

PEDRO TOMÁS:

Oye, almuerza.

JUAN TOMÁS:

Linda cosa,
¿cuál vida a mi vida iguala?
¿Qué trabajo tiene un hombre
en la guerra como el mío?

(Vase JUAN.)

PEDRO TOMÁS:

Al partir, gallardo el brío,
tiemble el suelo, el aire asombre,
porque al salir de la tierra,
todo es matar y romper
con furia; mas al volver,
vienen mansos de la guerra.
Sale el soldado galán,
lleno de plumas y viento,
y al primer alojamiento
soñó que era capitán.
Llega, pelea muy bien,
pasa el frío, el viento fresco,
vuelve con calzón flandesco,

por la Francia sin argén.
Trae la pierna por mil cabos,
con más plomo, y hecha harnero,
que una pierna de carnero,
se ve con ajos y clavos.
No tuvo en Corte favor,
ni de allá trujo papeles,
y envuelto en dos arambeles,
murió a manos de un doctor.
Ansí será mi buen Juan.

(Sale JUAN TOMÁS con una espadilla mohosa.)

JUAN TOMÁS:

¿Mandáis algo?

PEDRO TOMÁS:

¿Dónde bueno?

JUAN TOMÁS:

Por el lugar.

PEDRO TOMÁS:

No condeno
a los que a la guerra van.
Mas aquellos tornilleros,
como pollos mal trapillos,
humildes para dos grillos
y con los huéspedes fieros,
unos que suelen decir
que les asen una pierna

de un niño y, si no está tierna,
que la pongan a manir;
y habiéndole al Rey comido
cien socorros, y gozado
las franquezas del soldado
en las armas y el vestido,
siete leguas amanecen
de la compañía el día
que dejan la compañía
y, allá en su lugar, parecen.
Mira bien a dónde vas.

JUAN TOMÁS:

Yo en Illescas andar quiero,
no para ser tornillero.
¿Iré a la guerra? Jamás,
que solo me voy de casa
porque no os puedo sufrir.

PEDRO TOMÁS:

¿Mas que vienes a dormir?

JUAN TOMÁS:

Allá veréis lo que pasa.

(Vanse.)

(Salen CLENARDO y FELINO, DOROTEA y TEODORA con sombrerillos, como que se apean de un carro.)

CLENARDO:

¡Temprano habemos llegado!

FELINO:

Almorcemos.

CLENARDO:

Eso quiero.

DOROTEA:

Oigamos misa primero.

FELINO:

Está muy bien acordado.
Y tomaremos medidas
de la imagen.

TEODORA:

Y es razón,
y que, por mi devoción,
que digan seis misas pidas.

DOROTEA:

Pues vamos, que no estoy buena.

TEODORA:

El carro te ha mareado.

FELINO:

¿Si habrán la ropa guardado?

CLENARDO:

Nadie guarda ropa ajena;
cuidado me da, ya vuelvo.

FELINO:

Esperad, iré con vos.

CLENARDO:

Un poco esperad los dos.

(Vanse FELINO y CLENARDO.)

DOROTEA:

A no partir, me resuelvo,
a Toledo hasta que el sol
se aleje del mediodía.

(Sale JUAN TOMÁS con su espadilla muy rozagante.)

JUAN TOMÁS:

Sufrillo es gran cobardía
un hombre, y hombre español.
¡Vive Dios! De no volver...
Quedo, que hay damas aquí.
No hay naranja para mí
como ver una mujer.
La cólera me han quitado,
como claro espejo han sido
que tiempla al más ofendido
en habiéndose mirado.
¿Dónde van vuestras mercedes?

TEODORA:

A Toledo.

JUAN TOMÁS:

¿Y solas van?

DOROTEA:

No vamos solas.

JUAN TOMÁS:

¿No harán
a esta espada mil mercedes,
en que la nombren por suya,
y al dueño por su escudero?

TEODORA:

¿Sabe cómo es majadero?

JUAN TOMÁS:

Vuesa merced lo atribuya
a término y cortesía.

DOROTEA:

¿Hay tan gracioso villano?

JUAN TOMÁS:

Pues no he tomado la mano,
que por el nombre podía.
Antes a cortés lo aplique.

TEODORA:

Váyase amigo capote.

JUAN TOMÁS:

¿Capote?

TEODORA:

Sí, y pique y trote.

JUAN TOMÁS:

¿Pique [y] capote?

TEODORA:

Y repique.
Que bien puede repicar
un villano, pues lo es.

JUAN TOMÁS:

¿Cientos juegan?

DOROTEA:

Sí, y después
docientos le haremos dar.

JUAN TOMÁS:

Por mi fe que andan discretas,
que bien puedo en este llano
repicar ese villano
con tal par de castañetas.
Aunque las veo muy rotas
de mundanzas de pandero,
y en los cientos también quiero
contar catorce de sotas.
Y por vida de las tales,
que se tomen sin dar voces
(Dalas.)
estos sopapos y coces.

DOROTEA:

¿Hay tal maldad?

JUAN TOMÁS:

Atabales,
no os espantéis que yo os toque.

TEODORA:

¡Clenardo, Felino!

JUAN TOMÁS:

Bien,
que a saber que tienen quién,
las hiciera un alcornoque.

(Salen FELINO y CLENARDO, a las voces.)

FELINO:

¿Qué es esto?

TEODORA:

Que este villano
nos ha muerto a coces.

CLENARDO:

¿Cómo?

JUAN TOMÁS:

¿Cuál dellos es mayordomo
destas ninfas de verano?

FELINO:

¡Infame!, ¿eres loco?

JUAN TOMÁS:

¡Afuera,

(Meten mano.)

que son bellacos los dos

y mienten!

CLENARDO:

Bueno, ¡por Dios!

FELINO:

¡Dale, dale!

CLENARDO:

¡Muera!

FELINO:

¡Muera!

(Caiga CLENARDO muerto, dentro.)

CLENARDO:

¡Ay!, muerto soy.

JUAN TOMÁS:

Huir conviene.

A la torre me deslizo.

FELINO:

¡Matole!

JUAN TOMÁS:

El hierro lo hizo,

que sin zapatilla viene.

(Vase JUAN.)

DOROTEA:

¡Triste yo!

FELINO:

Huyes, traidor.

¡Tenelde, que ha muerto a un hombre!

(Va tras él FELINO.)

TEODORA:

¡Que tanta maldad no asombre

la tierra!

DOROTEA:

¡Amigo! ¡Señor!

TEODORA:

Mira si habla.

DOROTEA:

No puedo

hablarle, que estoy turbada.

TEODORA:

¡Ay, desdichada jornada!

Nunca yo fuera a Toledo.

(Vanse.)

(Salen el CORREGIDOR, dos Alguaciles y FELINO.)

FELINO:

Ya entró en la iglesia, señor.

CORREGIDOR:

¿Fue traición?

FELINO:

¿Pues no lo fue?

CORREGIDOR:

Si lo fue, lo sacaré.

ALGUACIL 1.º:

Mientras se prueba es mejor.

ALGUACIL 2.º:

A la torre se ha subido.
¿Y sabéis su condición?

CORREGIDOR:

No importa, si fue traición.
¡Favor al Rey, favor pido!

(En lo alto JUAN TOMÁS, con dos cantos.)

JUAN TOMÁS:

¡Ha, señor corregidor!

CORREGIDOR:

¡Oh, perro sin Dios, sin ley!

JUAN TOMÁS:

¿Favor pide para el Rey,
siendo el Rey quien da favor?
Cuando pretende en la Corte,
¿no busca quien se le dé
para el Rey?

CORREGIDOR:

Si traición fue,
no hay para qué me reporte
la inmunidad, pues no hago
fuerza. Traed fuego.

JUAN TOMÁS:

¿Qué es fuego?

CORREGIDOR:

¡Baja, infame, baja luego!

([JUAN TOMÁS] deja caer un canto de arriba.)

JUAN TOMÁS:

Tomá esa carta de pago.

CORREGIDOR:

¡Perro, yo te ahorcaré!

JUAN TOMÁS:

¿Luego ya es verdugo?

CORREGIDOR:

Digo
por sentencia.

JUAN TOMÁS:

Pues prosigo.

ALGUACIL 1.º:

No hayas miedo que se dé.

CORREGIDOR:

¡Date, incorregible!

JUAN TOMÁS:

¿Es ley
dar cada cual lo que tiene?

CORREGIDOR:

Venga gente.

JUAN TOMÁS:

Si más viene,
más piedras hay.

CORREGIDOR:

¡Favor al Rey!

(Sale un REGIDOR.)

REGIDOR:

Vuesa merced deje el preso,
que ha venido un capitán,
y ya sus soldados van
con tanta furia y exceso,
que presumen alojarse
por fuerza y sin las boletas.

CORREGIDOR:

Señor regidor, son tretas
para que pueda escaparse.

REGIDOR:

No las acostumbro hacer.
Ponga guardas a la torre.

CORREGIDOR:

Aunque el tiempo te socorre,
villano, yo he de volver.
Quedad los dos a la puerta.
Vos venid, porque juréis.

FELINO:

Que fue traición hallaréis.

CORREGIDOR:

¡Hola!

ALGUACIL 1.º:

Señor.

CORREGIDOR:

¡Ojo alerta!

(Vanse, quedan los dos alguaciles.)

ALGUACIL 2.º:

Par Dios que temo este mozo;
no le quisiera guardar.

ALGUACIL 1.º:

Él es rayo del lugar.

ALGUACIL 2.º:

Antes de apuntar el bozo,
sobre entrar en una viña,
descalabró dos o tres.

ALGUACIL 1.º:

¿Y no tuvo ahora un mes
una peligrosa riña
en que dejó medio muerto
a mi sobrino Polanco,
y a Francisco Esteban, manco,
y a Hernán Sánchez, patituerto?
¡Voto a tal, que no quisiera
guardarle!

ALGUACIL 2.º:
Si a tirar vuelve
y en no se dar se resuelve,
no hay sino sacar pie afuera.
¿No habéis oído decir
ladrillo de retraído?

ALGUACIL 1.º:
El ver el peligro ha sido,
que no importara el huir.
Que apedree en una viña
no es tanto, aunque da tristeza,
pero sobre la cabeza
más quisiera tener tiña.

(Sale JUAN TOMÁS con la espada desnuda, acuchilla las guardas.)

JUAN TOMÁS:
¡Fuera, perros!

ALGUACIL 1.º:

¡Ay de mí,
muerto soy!

JUAN TOMÁS:

¡Fuera, villanos!

ALGUACIL 2.º:

Detén, Juan Tomás, las manos
que nadie te ofende aquí.
Nadie te guarda, ni quita
que no te vayas.

JUAN TOMÁS:

No quiero
mataros, sin que primero
mate al que esto solicita.

(Vase JUAN.)

ALGUACIL 1.º:

Digo, señor Juan Tomás,
que se vaya donde quiera.

ALGUACIL 2.º:

Sin duda va a la bandera,
no le prenderán jamás.
¿Hízoos algo?

ALGUACIL 1.º:

Un coscorrón
del primero cintarazo.

ALGUACIL 2.º:

A mí me ha quebrado un brazo.

ALGUACIL 1.º:

Que quise dalle lanzón
y luego punta, y no supe.

ALGUACIL 2.º:

Vamos al Corregidor,
dando voces al traidor.

ALGUACIL 1.º:

Quiero que esta plaza ocupe.
¿Yo ser alguacil de Illescas?
¡Váyale el diablo a prender!

ALGUACIL 2.º:

¡Par Dios que habrá menester
cien alabardas tudescas!

(Vanse los villanos, sale el CAPITÁN y soldados.)

CAMPUZANO:

Pongan esa mesa aquí.

CAPITÁN:

Y tú cuelga esa bandera.

CAMPUZANO:

Gran gente acude de fuera.

(Sale JUAN TOMÁS con la espada desnuda.)

JUAN TOMÁS:

Hasta vuestros pies corrí,
por salvarme en vuestros pies.

CAPITÁN:

¿Qué has hecho?

JUAN TOMÁS:

Reñí y llegó
mi espada.

CAPITÁN:

¿No fue más?

JUAN TOMÁS:

No,
mas murió el hombre después.

CAPITÁN:

¿Querrás ser soldado?

JUAN TOMÁS:

Sí,
que antes lo había pensado.

CAPITÁN:

Escriban este soldado.

JUAN TOMÁS:

Escríbanme, ¡pesia mí!,
que pierde el Rey un Arquiles.

CAPITÁN:

¿Buen labrador?

JUAN TOMÁS:

Soy de acero.
Comereme un buey entero,
bebereme diez barriles.

CAPITÁN:

Bien ha dicho, que el caballo
que bien come, bien camina.

JUAN TOMÁS:

Si aprendo en vuestra doctrina,
no tendrá el Rey tal vasallo.

CAPITÁN:

Di tu nombre.

JUAN TOMÁS:

Tengo un nombre
bien fácil de adivinar.

CAPITÁN:

Creo que me ha de alegrar
el humorcillo del hombre.

JUAN TOMÁS:

Es mi nombre, escucha un poco...

CAPITÁN:

Digo, soldado, que escucho.

JUAN TOMÁS:

De un santo que creyó mucho
y de otro que creyó poco.

CAPITÁN:

Santo que creyese más
y que más viese no sé,
ni el santo de menos fe.

JUAN TOMÁS:

Yo me llamo Juan Tomás.

CAPITÁN:

Bien dice, que Juan creyó
mucho, vio mucho, y Tomás
creyó poco.

CAMPUZANO:

Escrito estás.

MENDOZA:

¿No se juega?

CAMPUZANO:

Aquí estoy yo.

MENDOZA:

¿Naipes?

CAPITÁN:

Por aquí es forzoso,
que es muy bisoña la gente.
Parémonos llanamente,
seor Mendoza, el valeroso.

(Juegan.)

MENDOZA:

Aquí aguarda mi dinero.

ROSALES:

Rosales viene a terciar.

CAMPUZANO:

Y yo empiezo a barajar.

MENDOZA:

Tomad el naipe primero.

ROSALES:

Alzo.

MENDOZA:

Sota.

CAMPUZANO:

¡Ha, bujarrona!

ROSALES:

Torno alzar.

MENDOZA:

Tenéis azar.

JUAN TOMÁS:

¿Y tengo yo de mirar,
pesia la cierta y la errona?
¿Qué venderé? ¿Mas no soy
crïado del Rey? ¿Qué digo?
¡Seo Capitán!

CAPITÁN:

¿Qué hay, amigo?

JUAN TOMÁS:

Oígame, a Cristo me doy.
¿El Rey no tiene a su cuenta
mi vida desde este punto?

CAPITÁN:

Sí.

JUAN TOMÁS:

Por eso lo pregunto,
que aunque poco a poco, es renta.
Yo he menester un real,
o cien ducados.

CAPITÁN:

¡Qué humor
de arrojado labrador!
¡Qué buen color de sayal!
El real es este prestado,
por el socorro de hoy,
que en los ducados no estoy
de nuestra cuenta enterado.
Buscad una camarada,
tomad posada con él,
para que no gastéis dél,
que está la gente alojada.

JUAN TOMÁS:

Jugarele, y trataremos
después de lo que es comer,
porque eso no puede ser
que en Illescas no lo hallemos.
Y si gano, ¡vive Dios!,
que le he de dar gran barato.

CAPITÁN:

¡Qué gracioso mentecato!

JUAN TOMÁS:

Calle, que hemos de ir los dos
a matar media Turquía.
Voy a parar el real.

CAPITÁN:

Para el medio.

JUAN TOMÁS:

¡Pesia a tal!,
¿el medio parar tenía?
Parara dos mil millares,
sin guardar por Dios ninguno,
cuando fuera cada uno
el Real de Manzanares.

CAPITÁN:

Dios te ayude.

JUAN TOMÁS:

¿Estornudé?

CAPITÁN:

No, pero en todo te ayude,
y ese realejo te mude
en seis.

JUAN TOMÁS:

Los tres le daré.

(Llegue a jugar JUAN TOMÁS y salen ALVARADO y LISENA, en vestido de hombre.)

ALVARADO:

¿Que juegue esta cadenilla
te pesa tanto, Lisena?

LISENA:

No me dio, Alvarado, pena,
ni de ti quise encubrilla
porque mis prendas te niegue,
mas porque juegas picado
y has de perder, Alvarado,
pues no hay cosa que más ciegue.

ALVARADO:

Lisena, cuando yo estoy
picado, quiero las prendas;
que te empeñes, que te vendas,
licencia entonces te doy.

Jugaré, cuando he perdido,
un bigote, ¡vive Dios!

JUAN TOMÁS:

Paro ese real a ese dos.

ROSALES:

Digo a todos.

CAMPUZANO:

Eso pido.

ROSALES:

Yo quiero el siete.

MENDOZA:

¡Ay, el as!
Perdió la suerte Rosales.

JUAN TOMÁS:

Ya tenemos dos reales,
por vida de Juan Tomás.

MENDOZA:

Barajo.

CAMPUZANO:

Alzad, Alvarado.

ALVARADO:

No sé qué mano me tengo.
Con esta cadena vengo;
pesa ciento y un ducado.

JUAN TOMÁS:

El uno es curiosidad.

ROSALES:

A ese seis.

JUAN TOMÁS:

Yo, [a] aquella sota,
los dos reales.

MENDOZA:

Ea, devota.

ROSALES:

Andad con el naipe, andad.

MENDOZA:

Dejadme mirar.

ROSALES:

No quiero.

ALVARADO:

El seis.

JUAN TOMÁS:

Cuatro son al justo.

MENDOZA:

Dejadme perder con gusto,
ya que pierdo mi dinero.

ALVARADO:

Tomo el naipe y esta juego.

ROSALES:

¿Momo?

ALVARADO:

No lo veis.

ROSALES:

Adiós.

JUAN TOMÁS:

Otra vez paró a ese dos
estos cuatro.

ALVARADO:

Al Rey me allego.

JUAN TOMÁS:

El dos, tener.

ROSALES:

Esto gano.

CAPITÁN:

¿Ha, soldado?

LISENA:

¡Oh, mi señor!

CAPITÁN:

¡Bravo tallazo!

LISENA:

Y valor
de soldado castellano.

CAPITÁN:

¿Habéis de ir vós a Zamora
contra el portugués?

LISENA:

He de ir,
porque he venido a servir
a la Reina, mi señora.

CAPITÁN:

¿Qué decían en la Corte
de casarse nuestra Reina?

LISENA:

Si pacífica no reina,
no ha de hacer cosa que importe.
Dícese que, de Aragón,
traen o van procurando
al Infante don Fernando,
para tan alta ocasión.

CAPITÁN:

Teniendo Isabel marido,
don Juan, rey de Portugal,
a su persona real
tendrá el respeto debido,
que injustamente pretende
que doña Juana posea
la corona que desea,
pues ya la verdad se entiende,
y nuestro Rey don Enrique,
que Dios tiene, declaró

no ser su hija.

ALVARADO:

¿Que yo
desta manera me pique?

CAPITÁN:

Pienso que pierde Alvarado.

LISENA:

¿Quien duda? Va en mi ventura.

CAPITÁN:

Nunca, con tanta hermosura,
hay ventura, seo soldado.
Y por mi vida que creo
que si os queréis esquitar,
podéis, sin perder, ganar
al juego de mi deseo.
Si queréis marchar conmigo,
hareos paje de jineta.

LISENA:

Estoy dese hombre sujeta,
sus pasos, como veis, sigo,
aunque no estoy muy contenta.

JUAN TOMÁS:

Todo esto se remató.

ALVARADO:

Que pierda con hombres yo,
que el perder parece afrenta,
por vida de...

JUAN TOMÁS:

Poco a poco.

CAMPUZANO:

¿Qué poco a poco? ¿Él se atreve
[a] hablar?

JUAN TOMÁS:

Hable como debe.

ALVARADO:

Estoy, de coraje, loco.

CAMPUZANO:

¿Que venga, con un real,
un hombre medio fullero
a quitarnos el dinero?

JUAN TOMÁS:

Hable bien, si entiende mal,
que ¡voto al hijo...! Y dejemos
esto, que si un real jugué,
de mi honrado sueldo fue,
que todos del Rey tenemos.

ROSALES:

¡Oh, qué gracia! Un pensamiento
no habrá que aquí se alistó

y ya el sueldo mereció.

JUAN TOMÁS:

Yo tengo merecimiento
para que el Rey me le dé,
por sola la voluntad
de servirle, y que es verdad
sustentaré a firme pie
y ténganse afuera todos.

CAMPUZANO:

Los villanos disfrazados
que se alistan por soldados
con estas flores y modos
de andar, hurtando el dinero...

JUAN TOMÁS:

¡Miente el infame que diga
que soy ladrón!

CAMPUZANO:

¿Esto obliga
de un desmentido primero?

ALVARADO:

Obliga.

CAMPUZANO:

¡Muera!

CAPITÁN:

¿Qué es esto?

(Pónese el CAPITÁN en medio.)

CAMPUZANO:

Agradeced, ganapán,
la vida al seo Capitán,
que de por medio se ha puesto.
Que si no fuera por él...,
pero aquí en campaña espero.

JUAN TOMÁS:

Agradeced vos primero
la vida, picaño a él,
que si no hubiera llegado
a socorreros a vos,
por vos y por otros dos
hubieran clamoreado.

CAPITÁN:

No se vayan.

ALVARADO:

No podemos
dejar de irnos por aquí.

(Vanse los soldados.)

CAPITÁN:

¿Distes ocasión?

JUAN TOMÁS:

Yo sí.

CAPITÁN:

¿Y cuál fue?

JUAN TOMÁS:

Que no perdemos.
Que como yo no ganara,
no hubiera dado ocasión
a que tanto fanfarrón
se me atreviera en la cara.

CAPITÁN:

¿Qué ganastes?

JUAN TOMÁS:

La cadena
que veis.

LISENA:

Esa prenda es mía.

JUAN TOMÁS:

Y yo vuestro.

CAPITÁN:

No querría
que os diesen alguna pena,
que es honrada aquesta gente,
y de mi escuadra, y el uno
es cabo de otra.

JUAN TOMÁS:

A ninguno
conozco.

CAPITÁN:

Vos sois valiente
y hombre de bien; yo os cobré
amor al punto que os vi.
Oíd: no salgáis de aquí
y por los demás iré
y haremos las amistades.

(Vase el CAPITÁN.)

JUAN TOMÁS:

Vaya vuerced en buenhora.
¿Prenda era vuestra, señora?

LISENA:

Fue, y si va a decir verdades,
huelgo que la hayáis ganado,
que sois honrado y brïoso.

JUAN TOMÁS:

No era menos valeroso,
reina, el señor Alvarado,
pero no tuvo razón,
que yo gané y otras veces
he perdido.

LISENA:

No pareces
hombre de mal corazón.
¡Vive Dios, que si tuviera
tu lado, más lo preciara,
que si un reino conquistara,
o el mundo parias me diera!
¿De dónde eres?

JUAN TOMÁS:

De aquí soy,
que entre Madrid y Toledo
no nacen hombres con miedo.

LISENA:

Yo con harto miedo estoy.

JUAN TOMÁS:

Sí tendréis, que sois mujer,
o me engañan mal los ojos.

LISENA:

Y mujer que tiene antojos,
de que te quiere querer.
Ya te vi venir y vi
que a la torre te subiste,
vi lo que aquí respondiste,
y que me pierdo por ti.
Eso de bravo y poder

dije, que me pierde toda.

JUAN TOMÁS:

Pues, hola, a mí te acomoda,
y vámonos a perder,
que soy hombre para todo.

LISENA:

¿Tu nombre?

JUAN TOMÁS:

Juan.

LISENA:

Pues, Juan mío,
yo me sujeto a ese brío
y a tu lado me acomodo.
Hay limpieza y no interés,
no soy vendible, ni boba,
sé de almohada y de escoba,
y soy cabeza y soy pies.
Enfrénome por mi gusto,
vivo sin tiros, ni ensayos,
ni celosa con desmayos,
ni con celos doy disgusto.
No soy mudable, que este hombre
me trata mal y desprecia,
y toda mujer es necia
que no respeta su nombre.
Esto basta para ser

estimada y no ofendida.

JUAN TOMÁS:

Yo no he querido en mi vida,
de asiento, alguna mujer,
pero por verte en el traje
que estás, pues valor promete,
quiero que a ti me sujete
ese tallazo y lenguaje.
De volver estos aquí
resultará no poder,
pero si tú eres mujer
para venirte tras mí,
marcha seis leguas de fama,
hasta la villa famosa
y serás mi reina y diosa,
mi prenda, mi dueño y dama.

LISENA:

¿Tendrás ánimo?

JUAN TOMÁS:

¡Oh, qué lindo!

LISENA:

Pues pica.

JUAN TOMÁS:

Sígueme y calla.

LISENA:

Ponte, mi bien, de batalla.

JUAN TOMÁS:

Solo a tus ojos me rindo.
Dime tu nombre.

LISENA:

Lisena.

JUAN TOMÁS:

Pues Lisena, de oro ven,
que quiero quererte bien.

LISENA:

Pon el calcorro a la arena,
cala bien el gavión,
revuelve el zarzo mi vida,
y avizora a la partida,
si corre viento soplón,
que te traeré como en palmas,
y de suerte que te asombres.

JUAN TOMÁS:

Pues yo mataré mil hombres,
solo por darte mil almas.

(Vanse.)

(Sale el CAPITÁN y ALVARADO, CAMPUZANO, MENDOZA y ROSALES.)

CAPITÁN:

Basta que yo tome en mí
la injuria cuando la hubiera.

CAMPUZANO:
¿Vuesa merced considera
lo que dijo y respondí?

CAPITÁN:
Muy bien lo tengo mirado;
de mi nombre firmaré
que no hay agravio.

ALVARADO:
Yo sé
que no agravia un agraviado.
Pero, señor Capitán,
advierta que es un picaño,
que se alistó con engaño,
y que todos lo dirán,
porque vive desa flor.

CAPITÁN:
Callen, que era un mentecato,
hombre de muy llano trato,
pacífico y labrador.

ALVARADO:
¿Pacífico y retraído
en una torre por muerte?
¿Labrador, y que a una suerte,

perdiendo, paró el vestido?
¿Labrador, que a la trocada
quinientos reales paró,
que con un real me ganó?

CAPITÁN:

Callen, que todo eso es nada,
que aquello es buen natural.
Los dos la mano me den,
que todo se ha de hacer bien,
y no llevarse por mal.
Yo haré que vuelva de todo
la más parte.

CAMPUZANO:

Esta es la mía.

CAPITÁN:

No es bien que mi compañía
se alborote dese modo.

ALVARADO:

Yo la doy también, que basta
que en ello vuesa merced...

CAPITÁN:

Que yo conozco, creed,
villanos de aquella casta.
Nacen con arriscamiento,
son duros y pertinaces;

mejor es tratar de paces,
y darme en esto contento,
que llevándole por bien,
dará más que le pidamos.

ALVARADO:

Aquí, señor, le dejamos,
y aquella mujer también.

CAMPUZANO:

¿Dónde fue?

CAPITÁN:

¿Qué digo? ¿Juan?
¿Juan Tomás?

MENDOZA:

De aquí salió
ese villano, a quien yo
dije que el seo Capitán
andaba en las amistades,
pero no quiso esperar.

CAMPUZANO:

¿Si se salió del lugar?

ALVARADO:

Mis sospechas son verdades.
Vuesa merced lo ha causado,
y ahora echará de ver,
pues se llevó la mujer,

si era ladrón disfrazado.

CAPITÁN:

Por Dios que era algún rufián
y que me he corrido.

ALVARADO:

Creo
que este Juan era correo
y espía de otro galán.
La vía de Madrid llevan.
Licencia me habéis de dar.

CAPITÁN:

Pues váyanle [a] acompañar
cuantos amistad me deban.
Que, ¡por vida de quien soy!,
que le he de echar en galeras.

ALVARADO:

¡Ah, Lisena, mujer eras,
bien desengañado estoy!
Ir [a] acompañaros quiero.

CAPITÁN:

Hareisme mucho placer.

CAMPUZANO:

Ya que llevó la mujer,
dejáranos el dinero.

(Vanse.)

(Salen JUAN TOMÁS y LISENA, solos.)

JUAN TOMÁS:

Ya estás, Lisena, en la tierra
más fértil y más famosa,
más saludable y hermosa,
que el sol mira, el mar encierra.
Aquí tiende el rumbo, y mira
cómo me trates verdad,
que tienes en mi amistad
un hombre que el mundo admira,
un ministro de la muerte,
un rayo, un trige, un león,
para cuyo corazón,
no hay cosa en el mundo fuerte.
Los muros y terraplenos,
son de alcorza en estos brazos,
que haré sus piedras pedazos,
voto a tus ojos serenos.
Dos hombres soy con dos nombres,
a quien dos mil tienen miedo,
y así por dos hombres puedo.
Lisena, porque te asombres
comereme un elefante,
desharé un rinoceronte,
que tengo carnes de monte

y pieles de cuero de ante.
Con solo que tú me nombres
verás el mundo temblar,
y así no te ha de espantar
que me mate con mil hombres.
Haré que malos y buenos,
en sabiendo que te trato,
te respeten el zapato
y esto será lo de menos.

LISENA:

Juan Tomás, cuanto más miro
tu brío, talle y valor,
más me enciendes en tu amor,
más te quiero y más suspiro.
De tus promesas me pago,
que decir quien sabe hacer,
puédelo hacer y creer,
que ese amor le satisfago.
Cuando Illescas no tuviera
cosas que la hacen famosa,
dejando la misteriosa
luna que al sol vio en su esfera,
bastaba haber tú tenido
la primera cuna en ella.
Digo que ese pie atropella
cuantos espada han ceñido

y que a solo un puntapié
estaré yo tan rendida,
que lleves el alma asida
por donde el golpe me dé.
Estos ojos ya no son
ojos más que para ti.
De Juan soy, Juan tiene en mí
legítima posesión.
Haz cuenta, Juan, que tú has sido
de quien he de estar vestida,
tomome amor la medida,
y de ti cortó el vestido.
Justo me vienes al pecho,
no te me podrás salir.

JUAN TOMÁS:

Ojalá sepas vestir
de amor el hábito estrecho.
Pero, ¿qué es esto que siento?,
¿ayer, no era yo un villano
con una azada en la mano,
armas de mi nacimiento?
¿Quién me ha dado este valor?
¿Ya sé hablar? ¿Ya digo amores?
Pero enseñan tus favores
y va aprendiendo mi amor.
En fin, ¿eres mía?

LISENA:

Soy.

JUAN TOMÁS:

¿Para siempre?

LISENA:

Eternamente.

JUAN TOMÁS:

¿Mientes?

LISENA:

Sí, si el tiempo miente.

JUAN TOMÁS:

¿Desde cuándo?

LISENA:

Desde hoy.

JUAN TOMÁS:

¿Eres mujer?

LISENA:

Soy constante.

JUAN TOMÁS:

¿Eres flaca?

LISENA:

Soy de acero.

JUAN TOMÁS:

¿Sabes querer?

LISENA:

Cuando quiero.

JUAN TOMÁS:

¿Sois de vidrio?

LISENA:

Soy diamante.

JUAN TOMÁS:

¿Qué te obliga?

LISENA:

Tú me animas

JUAN TOMÁS:

¿Pues quién soy?

LISENA:

Mi vida eres.

JUAN TOMÁS:

Dichoso yo, si me quieres.

LISENA:

Dichosa yo, si me estimas.

(Salen los soldados y un ALGUACIL.)

ALVARADO:

Yo daré la información
de que es ladrón y fullero.

ALGUACIL:

Por Dios que daré dinero
por hacer esta prisión.

CAMPUZANO:

Lo que es rufián, es sin duda.
En fin, todos jurarán.

ALVARADO:

Quedo, que juntos están.

ALGUACIL:

¡Favor al Rey, aquí ayuda!

(Sacude en ellos.)

JUAN TOMÁS:

¡Fuera, infames!

ALGUACIL:

¡Tente, perro!

JUAN TOMÁS:

¡Huye, Lisena!

LISENA:

Sí haré.

CAMPUZANO:

(Caiga dentro.)

¡Ay, que me ha muerto!

JUAN TOMÁS:

No fue
más de ofenderos por yerro.
¡Ah, perros, que no sabéis
que me llamo Juan Tomás,
y que mientras toméis más,
más me queda que llevéis!

ALVARADO:

Prendelde señor, que ha muerto
mi camarada.

ALGUACIL:

¡Aquí, ayuda!

JUAN TOMÁS:

Antes que más gente acuda,
me voy.

ALVARADO:

Este hombre es Roberto.

(Vanse.)

(Salen DON LOPE DE MENDOZA, DON JUAN DE TOLEDO, DON TELLO DE GUZMÁN, de camino, muy bien aderezados, y el INFANTE DON FERNANDO, con una capa gascona, con sombrero y plumas.)

DON LOPE DE MENDOZA:

Rebócese esa capa vuesa alteza,
que aquel que mira enfrente es el palacio.
Allí está de la Reina la belleza,
y cifra un ángel tan pequeño espacio.
Encubra esa persona y gentileza,
que, como en mina rústica, el topacio
arroja rayos por el tosco traje
de su grandeza, espléndido celaje.
La famosa Isabel, señora nuestra,
de Castilla legítima heredera,
en tan alta elección ha dado muestra
del bien que España de tal junta espera.
Esta heredera transversal, siniestra,

que a Portugal violentamente altera,
la pone en el cuidado de marido,
entre tantos opuestos, elegido.
Quiere verle primero disfrazado,
por eso le traemos desta suerte.

DON TELLO DE GUZMÁN:

Espere, vuesa alteza, rebozado,
como don Lope de Mendoza advierte,
que aunque la Reina vive con cuidado,
el peligro es cruel, la invidia es fuerte,
que hay muchos de los grandes de Castilla
Luzbeles hoy de la primera silla.
Quede don Juan aquí mientras bajamos.

INFANTE DON FERNANDO:

Si yo fuere a propósito, señores,
y la reina Isabel y yo juntamos
las barras y castillos vencedores,
sospecho que a don Juan freno pongamos,
y a todos los injustos pretensores;
y que la posesión justa se aplique
a la heredera del Rey Cuarto Enrique.
Bien sé que soy indigno, y que pudiera
algún grande en Castilla preferirme,
pero como Isabel mi humildad quiera,
Dios nos bendiga, el Papa lo confirme,
ninguno habrá, supuesto que se altera,

que no nos sirva tan leal y firme,
como siempre lo han hecho sus pasados.

DON LOPE DE MENDOZA:
Castilla os vea en ese yugo atados,
que, aunque es verdad que está revuelta ahora,
y que con grueso ejército la aprieta
Portugal por la parte de Zamora,
esto es lo que en el alma la inquieta.

INFANTE DON FERNANDO:
Id y hablad a la Reina, mi señora,
que si una vez su voluntad me aceta,
Dios nos dará favor.

DON TELLO DE GUZMÁN:
Vamos, hablalla.
(Vanse TELLO y DON LOPE.)
INFANTE DON FERNANDO:
Don Juan, ¿es bella?
DON JUAN DE TOLEDO:
¿Quién sabrá pintalla?
Ha mandado que a vueltas embozado
de aquesos caballeros luego entrases
que dejases la posta.

INFANTE DON FERNANDO:
Estoy turbado.

DON JUAN DE TOLEDO:

Y que, al descuido, por la sala pases.
Está de tu persona confiado,
que verte falta para que te cases,
y así, al descuido, mírala en entrando;
verás un sol y cegarás mirando.

(Cuchilladas dentro.)

INFANTE DON FERNANDO:

Ruido siento y rebatir espadas;
si viene gente, pueden conocerme.
Parte y mira lo que es.

DON JUAN DE TOLEDO:

Mil cuchilladas.
Allá voy.

INFANTE DON FERNANDO:

Esto falta de ofenderme.

(Vase DON JUAN.)

¡Oh, estrellas, que parece que inclinadas
a un alto bien queréis favorecerme,
no me dejéis, que es alta maravilla
hacer, desde Aragón, rey de Castilla!
Poned a vuestra cuenta que Fernando
goce desta corona y de Isabela.

(Sale JUAN TOMÁS solo, el Rey se aparta, digo el INFANTE DON FERNANDO.)

JUAN TOMÁS:

Ruido siento. ¿Si me van buscando?
¡Oh, cuánto el dilincuente se recela!
Que me buscan estoy imaginando;
ya no querrán prenderme con cautela,
sino de mano armada y sin espacio.
Quiérome entrar, que abierto está palacio.

INFANTE DON FERNANDO:

¿Quién va?

JUAN TOMÁS:

Un soldado que huye desa gente.

(Repare.)

INFANTE DON FERNANDO:

De aquí quiero quitarme, que si llegan
me podrán conocer.

PEDRO TOMÁS:

Con más de veinte
vinieron a matarle y después niegan.

(Salen tres soldados, las espadas desnudas. Miran al INFANTE y acuchíllanle. Defiéndese el INFANTE.)

SOLDADO 2.º:

¿Este es dellos?

SOLDADO 3.º:

¡Traidor!

INFANTE DON FERNANDO:

¡Villano, tente!

PEDRO TOMÁS:

¡Matalde!

INFANTE DON FERNANDO:

No soy yo. ¿Cómo se ciegan
vuestros ojos ansí?

JUAN TOMÁS:

Bien riñe el hombre;
no hay espada, entre tantas, que le asombre.
A su lado me pongo. ¡Ea, mancebo!
Daldos, que son bellacos.

INFANTE DON FERNANDO:

Dios te ayude,
que a tan buen tiempo llegas.

JUAN TOMÁS:

Como al cebo
baja el ave, mi espada al son acude.
(Huyen los soldados.)
¿Huis, gallinas?

INFANTE DON FERNANDO:

Tente, que te debo
la vida

JUAN TOMÁS:

¿No queréis que a los tres mude
las caras de otra suerte que las tienen?

INFANTE DON FERNANDO:

No puedo hablarte, mis criados vienen.
Quisiera conocerte; no es posible.
Toma aqueste diamante y si se casa
Isabel con Fernando y el terrible
tiempo de aquesta guerra injusta pasa,
véndele al Rey, que es pieza convenible
al valor y grandeza de su casa.
Y no le des a otro, aunque te veas
en más necesidad que verte creas.

(Vase el INFANTE.)

JUAN TOMÁS:

En palacio se entró con otros hombres.
¡Qué buen olor y talle! ¡Caso estraño!
¿Qué habrá, fortuna, con que no me asombres?
¿Adónde huiré de tu mudanza y daño?
Ayer, en un arado, por sus nombres
llamaba al uno y otro buey, y el año
pasaba en la campaña al hielo frío,
o a los calores del furioso estío.
Hoy, sin saber por qué, mi pensamiento
me levanta, con humos de soldado,
a arar la arena y a sembrar el viento,
de un loco desatino acompañado.

Castilla es tierra corta, mar violento;
en ti recibe mi esperanza a nado.
A Italia voy, que de villano espero
volver a ser de Illescas caballero.

Acto II

Salen JUAN TOMÁS y CAMILO, huésped.

CAMILO:

¿Tan bien os ha parecido
Nápoles?

JUAN TOMÁS:

Vengo admirado
de haber visto el más honrado
lugar que Europa ha tenido.
Ya de la mar la fiereza
y las fortunas pasadas
son, huésped, bien empleadas
hoy, que he visto su grandeza.
De paraíso le dan
nombre, y débelo de ser,
pues en él me vengo a ver
tan en cueros como Adán.
Soy, huésped, un caballero

español, tragó mi hacienda
el mar, dejome una prenda,
que empeñar o vender quiero,
porque todos mis crïados
me dejaron en el puerto,
buscando dueño más cierto.

CAMILO:

Es ley de los poco honrados.

JUAN TOMÁS:

Luego, en viéndome sin ropa,
mudaron de pareceres,
que crïados y mujeres
corren la fortuna en popa.
Pero, en mudando la cara,
el criado más leal,
la mujer con más caudal
de amor, luego desampara.
Tal fueron estos conmigo
en mis trabajos pasados,
que no hay deudos ni criados
como un verdadero amigo.
No solo vine a probar
en tan áspera contienda,
que se atreven a la hacienda
las inclemencias del mar,
mas que al mismo amor se atreven,

a la honra y la lealtad.

CAMILO:

A compasión y piedad
vuestras desdichas me mueven;
que el veros venir a pie,
sin gente y aun sin vestido,
y siendo tan bien nacido
como en el talle se os ve,
las piedras enterneciera.
Mirad lo que haré por vos.

JUAN TOMÁS:

Págueoslo, buen huésped, Dios,
en quien mi fortuna espera.
Oídme, por vida mía,
sabréis mi intención mejor,
conoceréis mi valor
y yo vuestra cortesía.
Pues descubrirme a vos puedo,
sabed que soy natural
de un lugar muy principal
entre Madrid y Toledo.
Llámase Illescas; allí
sabe Dios que me formó
el mismo que ser le dio
al Rey, que como él nací.
Pues siendo yo caballero,

y de tan noble solar,
¿cómo he de poder pasar
en Nápoles sin dinero?
Que le busque me conviene,
que en el mundo, aunque esto asombre,
no tienen en más a un hombre
que piensan que el hombre tiene.
La prenda que yo os decía
es este hermoso diamante,
al lucero semejante,
aposentador del día.
Si sobre él me queréis dar
lo que fuere vuestro gusto,
haréis lo que a un noble es justo,
y me podéis obligar.
Que tengo deudos aquí,
en la casa de Aragón,
que en sabiendo la ocasión
vendrán por vos y por mí
y veréis cuánto acertáis
en ampararme.

CAMILO:

Señor,
piedra de tanto valor,
¿en qué precio la estimáis?

JUAN TOMÁS:

No entiendo que tiene estima,
bien podéis, huésped, prestar.

CAMILO:

Cuando pudiera dudar
vuestra presencia me anima,
pero sabed que aquí enfrente
vive el conde Antonio, un hombre
en Nápoles de gran nombre
y de linaje excelente.
Es, de piedras, tan curioso
y sabe su estima tanto,
que de haber visto me espanto
cómo este diamante hermoso
se le viene a su poder,
que parece piedra imán
de las piedras que aún están
en las minas por nacer.
Llevarele y yo os prometo
que tiene bien que prestar.

JUAN TOMÁS:

Pues bien le podéis llevar,
que si es tan noble y discreto,
conocerá su valor.

CAMILO:

Pues, en tanto, descansad,
si el andar por la ciudad
os ha cansado, señor.
¡Qué luz tan divina encierra!

JUAN TOMÁS:

Con razón os espantáis.

CAMILO:

¿Cómo diré que os llamáis?

JUAN TOMÁS:

Decid don Juan de la Tierra.

CAMILO:

Yo voy.

(Vase el HUÉSPED.)

JUAN TOMÁS:

¿A qué puede más
llegar el valor de un hombre?
Ya he puesto un don a mi nombre,
mudando en Tierra el Tomás.
No dirán los apellidos
de España que les tomé
sus nombres, pues este fue
de quien todos son nacidos.
Bien sé que llamarme puedo
Guzmán, Enríquez, Guevara,
Zúñiga, Cárdenas, Lara,

Cerda, Mendoza, Toledo,
Castro, Rojas, Sandoval,
como otros muchos de España,
no solo por tierra estraña,
mas en la que es natural.
Pero no lo quiera el cielo,
que un hombre que ha de nacer
de sí, solo ha de querer
siete pies que le da el suelo.

JUAN TOMÁS:

Naturaleza heredó
al hombre más vil que encierra
en siete pies de la tierra,
y con estos nací yo.
Y así, me quiero llamar
de la Tierra en que nací,
y en que he de ser lo que fui,
que este es mi propio solar.
Solo me da confusión
que el huésped la piedra lleve
al Conde, y que el Conde pruebe
si es falsa o no mi intención.
Diómela un hombre en España,
a quien de tres defendí;
guardela, porque entendí
que algún valor la acompaña,

mas no porque yo lo entienda,
que solo en piedras del suelo
que araba, me ha dado el cielo
lición con humilde hacienda.
Si es falsa, diré que fui
engañado de un platero
en Barcelona, y que espero
volverle a buscar allí.
Si es fina, es grande, y sospecho
que bien valdrá mil ducados,
y si estos me da prestados
haranme grande provecho.
Que la cadena vendí
y la gasté en el viaje,
después que perdí aquel paje
por quien el soldado fui,
que mi padre me decía,
aunque no me vio tornar...

(Sale SIRENA, hija del huésped.)

SIRENA:

Bien puede ya descansar,
patrón, vuestra señoría,
que ya está la cama a punto.

JUAN TOMÁS:

¡Señoría!, ¡cosa estraña!
¿Cuál pobre vive en España?

¡Madona!

SIRENA:

Patrón.

JUAN TOMÁS:

Pregunto:
¿vuesa merced es casada?

SIRENA:

Maritada soy señor.

JUAN TOMÁS:

Ya la tengo algún temor,
dice que está espiritada.
¿No comeré yo primero?

SIRENA:

Bien podrá vueseñoría.

JUAN TOMÁS:

¿Qué tenemos?

SIRENA:

A fe mía
que ha tardado el despensero;
pero no falta vitela.

JUAN TOMÁS:

¿Habrá un poco de piñata?

SIRENA:

No mancará, si dilata
la comida, y cocerela.

JUAN TOMÁS:

¡Qué lástima, manca es!,
mas dice que, aunque lo está,
a mí no me mancará.
¿Quereisme servir después?
Que lo tendré a gran regalo.

SIRENA:

No merezco ese favor
porque a vuestro gran valor
de ninguna suerte igualo.
Allí enfrente tiene el Conde
una gallarda fillola,
que a vuestra gracia española
altamente corresponde.
Esta sí es digna de vos.

JUAN TOMÁS:

¿Hija hermosa?

SIRENA:

Y muy hermosa.

JUAN TOMÁS:

Sí, mas imposible cosa
que nos hablemos los dos.

SIRENA:

Ella es cortés de estranjeros.
Cuanto es hablar, bien podéis,

privilegio que tenéis
las damas y caballeros.

JUAN TOMÁS:

Yo quiero ser su galán.

SIRENA:

Venid ahora a comer.
El nombre deseo saber.

JUAN TOMÁS:

Mi nombre propio es don Juan,
¿y el vuestro?

SIRENA:

El mío es Sirena.

JUAN TOMÁS:

¿Sois de la tierra o del mar?

SIRENA:

No suelo a nadie engañar.

JUAN TOMÁS:

¿Para en la tierra sois buena?

SIRENA:

El mar el nombre me ha dado,
la tierra me ha dado el pecho.

JUAN TOMÁS:

No estaréis ya de provecho,
si ha tanto que sois pescado.

(Vanse.)

(Salen el CONDE y CAMILO y OCTAVIA, hija del Conde.)

CONDE:

Vale, Camilo, el diamante
doce o trece mil ducados.

OCTAVIA:

Hombre solo y sin criados,
¿a quién habrá que no espante?

CAMILO:

¿Ya no digo que en la mar
toda su hacienda perdió
y que desnudo salió
y a Nápoles vino a dar,
que era lástima miralle?

CONDE:

¿Qué persona?

CAMILO:

Un gentil brío.
Yo os prometo, señor mío,
que tiene un gallardo talle.

OCTAVIA:

No hay duda que hombre que es dueño
de tal piedra, será un hombre
principal. ¿Díjote el nombre?

CAMILO:

Por fuerza para este empeño.

OCTAVIA:

¿Cómo?

CAMILO:

Don Juan de la Tierra.

CONDE:

Será español apellido.
Llámale y di que he sabido
qué valor la piedra encierra
y que prestaré al presente
sobre ella dos mil ducados.

CAMILO:

Voy.

(Vase CAMILO.)

CONDE:

Perdió hacienda y crïados,
y quedole, solamente,
Octavia, esta pieza hermosa,
con que se podrá volver
a España después de ver
a Italia.

OCTAVIA:

¡Suerte dichosa!

CONDE:

¡Por Dios, que ningún señor
era bien que caminase
sin que una joya llevase
deste o de mayor valor!
Altérase el fiero mar,
roban a un hombre en la tierra,
o cautívanle en la guerra
y puédese remediar.
No sé por qué los romanos,
y Nerón, de seso ajeno,
usaban llevar veneno
para casos inhumanos.
¡Cuánto mejor los sacara
deste peligro una joya,
con que aun presumo que Troya
menos tiempo se guardara!

OCTAVIA:

A la cuenta, este español
debe de ser principal.

CONDE:

No lo muestra, Octavia, mal
la claridad deste sol,
que te certifico es bello,
y que si puedo comprallo
en tu dote has de llevallo
y en tu vínculo ponello.

OCTAVIA:

Bellas cosas tiene España.

CONDE:

Es rica, aunque, por las guerras,
no están fértiles las tierras
que el mar en su margen baña.

(Sale un PAJE.)

PAJE:

El español ha venido.

CONDE:

Entre.

(Salen JUAN TOMÁS y CAMILO, huésped, JUAN, vestido de galán.)

JUAN TOMÁS:

Vuestros pies me dad.

CONDE:

Ya de vuestra calidad
testigo esta piedra ha sido,
y en información igual
podemos jurar los dos
que hasta las piedras de vos
dicen que sois principal.
Huélgome de conoceros,
porque este abono es bastante.

JUAN TOMÁS:

Yo le agradezco al diamante
el bien de llegar a veros.
Y el precio que le habéis puesto
es tan propio a su valor
que me [he] espantado, señor,
de lo que entendéis en esto.
Dicen que daréis sobre él
dos mil ducados; sea ansí,
y vos le tendréis por mí
mientras yo vuelvo por él,
que esta tarde escribo a España,
y me enviarán letras luego.

CONDE:

Cobrad contento y sosiego,
sin pensar que es tierra estraña
Nápoles, adonde estáis,
pues esta casa es tan vuestra...

JUAN TOMÁS:

No quiero ya mayor muestra
que el ver yo lo que me honráis,
y he tenido a gran ventura
que en tanto rigor del cielo
me ayude vuestro consuelo.

OCTAVIA:

¡Qué buen talle y compostura!
¡Oh, España, no sé qué tienen
tus hombres!

CAMILO:

¡Bizarros son!

OCTAVIA:

Tienen esta condición
todos los que de allá vienen.

CAMILO:

Este vino muy perdido,
que para entraros [a] hablar
yo le hice reparar
de aqueste galán vestido.
Que en viéndosele poner,
dije que era caballero
Mendoza o Puertocarrero.

OCTAVIA:

Bien claro se echa de ver
que le trató mal la mar.
Siempre las desdichas vienen
a hombres que estos talles tienen
y aquesta gracia en hablar.
¿No seré yo tan dichosa
que como este venga a ser
a quien yo pueda querer,

y él me quiera por su esposa?

CAMILO:

¿Por qué no, si merecéis
gran señora lo mejor
del mundo?

JUAN TOMÁS:

Hareisme favor
de que el dinero me deis,
que tengo necesidad.

CONDE:

Vámoslo a contar adentro.

JUAN TOMÁS:

A recebir mercé dentro.

CONDE:

Ya me debéis voluntad.

(Vase el CONDE.)

JUAN TOMÁS:

(Aparte.)

¿Hay tal suceso? Ahora digo
que hombre pobre y en su tierra
o ningún valor encierra,
o es de su bajeza amigo.
Trece mil ducados vale
la piedra que yo traía.
¡Oh, piedra del alma mía,

y que de su centro sale!
¡Vive Dios!, si este dijera
que valía un solo escudo,
que le tomara y tan mudo
como la piedra me fuera.
En su lengua estuvo sola.
¿Quién será aquel caballero
que me le dio? ¡Oh, fuerte acero!,
¡oh, mano honrada española!
¡Oh, benditas cuchilladas!,
que remedian tantas penas,
aun en la cara eran buenas,
siendo tan bien empleadas.
Voy a contar los dos mil,
y entrar luego en veinte grescas.
Ahora sí que de Illescas
soy caballero gentil.
¡Huésped!

CAMILO:

Señor.

JUAN TOMÁS:

Los dos vamos,
porque el dinero llevéis.

(Vanse los dos, JUAN y CAMILO.)

OCTAVIA:

¿Ahora no me diréis,
pensamiento, en qué quedamos?
¿De qué sirve imaginar
que posible hubiese sido
que para darme marido
arroje un hombre la mar?
Donde tantos hay en tierra,
¿para qué del mar le espero?

PAJE:

Buen talle de caballero,
valor y nobleza encierra.

OCTAVIA:

Aguárdate, Celio.

PAJE:

A mí
bien el español me agrada.

OCTAVIA:

¿Y estaré yo reportada
si el hombre te agrada a ti?
¿Cómo podré yo saber
sus padres?

PAJE:

Cuidado tienes.
¿Cuánto va que [a] amarle vienes?

OCTAVIA:

¡Ay, Celio, no puede ser!

PAJE:

¿Cómo?

OCTAVIA:

Porque ya le quiero.

PAJE:

Si él es hombre de valor,
haz que el Conde, mi señor,
honre a tan gran caballero.
Coma en casa y, por ventura,
verás por pasos más ciertos
qué presto se hacen conciertos
entre el trato y la hermosura.

OCTAVIA:

Yo le quiero regalar
como a forastero. Ven,
que de mi parte también
hoy le has de ir a visitar,
que esto cabe en cortesía.

PAJE:

Por ahí comienza amor.

OCTAVIA:

¡Ay, español, tu valor
me ha dado tanta osadía!

(Vanse.)

(Salen CAMILO, con el dinero, y JUAN TOMÁS con él.)

JUAN TOMÁS:

Poned en esa arca presto
ese dinero, Camilo.

CAMILO:

Por aqueste mismo estilo,
dice el Conde, dará el resto.

JUAN TOMÁS:

¡Qué bellos doblones tiene
el buen viejo!

CAMILO:

Es un avaro.

JUAN TOMÁS:

Yo poco en eso reparo,
aunque es lo que más conviene.
A Octavia miré y es bella.

CAMILO:

Los españoles tenéis
más codicia cuando veis
alguna hermosa doncella
que a los tesoros del mundo.

JUAN TOMÁS:

Harto bien me pareció,
aunque el oro que me dio

entra en el lugar segundo.

CAMILO:

Decid quién sois y mostrad
a quien os conozca aquí,
que yo sé que él dirá sí
y ella os tiene voluntad.
Cogeréis bello dinero
y una moza como un oro.

JUAN TOMÁS:

Quiero ponerme en decoro
de hombre principal primero.
Id y el dinero guardad,
y quien me sirva traed,
que le haré toda merced
y buena comodidad.

CAMILO:

Deso hay en Nápoles tanto
que a toda ciudad excede.
¿Qué casa queréis?

JUAN TOMÁS:

No puede
tanto un estranjero cuanto
le pide su calidad,
y más quien el mar perdió;
paréceme a mí que yo

viviré en esta ciudad
hasta que letras de España
vengan, con quien sirva de ayo
a mi hacienda, algún lacayo
y dos pajes de campaña.
Quiero decir que ceñidas
las espadas me acompañen,
y para que no se estrañen
mis plantas, harto ofendidas
desto poco que ando a pie,
compradme, Camilo hermano,
un fusón napolitano.

CAMILO:

A todo volando iré.
Un mayordomo, un lacayo,
dos pajes de espada son
vuestra casa y un frisón;
¿quereislo castaño o bayo?

JUAN TOMÁS:

Como os diere a vos contento.

CAMILO:

Voy.

JUAN TOMÁS:

Caballo pide ya
quien acostumbrado está
al perezoso jumento.

¿Ya mayordomo y lacayo?
¿Ya pajes? ¿Qué es esto Juan?
Más sujetas siempre están
las altas torres al rayo.
¿Qué intentáis? ¿Qué pretendéis?
¿No érades vos labrador?
¿Quién os mete a ser señor,
que es ciencia que no sabéis?
Pero como al que es muy pobre
no le puede suceder,
no teniendo que perder
cosa en que valor no cobre,
necio seré si no emprendo
que Illescas un hombre tenga
que a ser caballero venga,
por donde serlo pretendo.
Si me ha dado la fortuna
de una vez tantos ducados,
para mayores estados
es señal que me importuna.
Servir quiero esta mujer
con todo aqueste dinero,
que si yo soy caballero,
dineros he menester.
Con ellos yo sé que igualo
la sangre más noble y franca

que un caballero sin blanca
es como espada de palo.
Parece un señor lo que es,
mas no tiene ejecución,
y así no importa el blasón
donde falta el interés.
Es ejemplo aquel diamante
con que a más subirme enseño,
pues tiene, en ser tan pequeño,
precio y luz tan importante.
Y ansí, aunque tan vil me siento,
quiere que haya precio en mí.
Un criado viene aquí;
callemos, señor contento.

(Sale CELIO, con un tabaque cubierto.)

PAJE:

La señora Octavia Andrea
a visitaros me envía,
que muy de veras querría
que entendáis que lo desea.
Dice que seáis bien venido,
que hoy de temor no os habló
cuando aquel dinero os dio
su padre.

JUAN TOMÁS:

Yo estoy corrido
de no haber, como era justo,
reconocido el valor
que tiene el mundo mayor.

PAJE:

Siente mucho el gran disgusto
que tendréis de no tener
servicio, señor don Juan,
y, así, dice que vendrán
los que fueren menester
de su casa hoy a serviros.

JUAN TOMÁS:

Ya, señor, casa he tomado;
a lo que quedo obligado
no es menester advertiros.

PAJE:

Dice que, pues vuestra ropa
y cosas tan importantes
guarda el mar, que a navegantes
sirve el mar de guardarropa,
que os sirváis desta docena
de camisas y creáis
que porque della os sirváis
la estima y tiene por buena.
Vienen lienzos, vienen guantes

y otras cosillas así.

JUAN TOMÁS:

Vienen lazos para mí
a los grillos semejantes.
¡Tanta merced, tal favor!
Dad una voz a Sirena.

PAJE:

Sirena.

JUAN TOMÁS:

Octavia, y tan buena.
[A] Octavia advertid mi amor.
Decid que si aquel diamante
tuviera aquí, suyo fuera.
Vendrán letras y Dios quiera
que valga yo para amante,
que tendré mayor fineza...

(Sale SIRENA.)

SIRENA:

¿Qué manda vueseñoría?

JUAN TOMÁS:

Ese lienzo, amiga mía,
es muestra de la grandeza
de Octavia, a quien doy la palma
de más valor que a mujer.
Guardaldo bien, que ha de ser

para mortajas al alma.

SIRENA:

Vos, mi señor español,
merecéis aquesa salva,
que es bien que entre las del alba
se envuelva, en naciendo el sol.
Voylo a guardar.

JUAN TOMÁS:

Esperad.
Decid al huésped que luego
dé a Celio...

PAJE:

Eso no, yo os ruego
deis sola la voluntad.

JUAN TOMÁS:

Denle docientos escudos.

SIRENA:

¿Qué decís?

JUAN TOMÁS:

Esto ha de ser.

SIRENA:

Más luce en corto poder.

PAJE:

Serán otros tantos nudos
en lazos de obligación,

como la que yo tenía.

(Vanse, queda JUAN solo.)

JUAN TOMÁS:

No entro mal, ¡por vida mía!,
para el primero escalón.
¿Docientos escudos? Bueno,
¿cuándo soñó mi linaje
dar tan solo un cuarto a un paje?
¡Oh, dulce dinero ajeno!
Si yo lo hubiera ganado
más cuerdo lo despendiera;
ya yo estoy de la manera
que está un recién heredado.
Fuera de que cuando Octavia
sepa esta dádiva, creo
que doblará su deseo,
si, como es hermosa, es sabia.
Yo me quiero acreditar;
trece mil tengo, ¿que importa?
Amante que se reporta,
pues para, no ha de alcanzar.
Son los pasos del que ama
el dinero, el interés;
pues si le faltan los pies,
¿cómo ha de alcanzar su dama?

(Sale CAMILO con FILANDRO, mayordomo)

CAMILO:

Podéis fiar deste hidalgo,
señor don Juan, vuestra hacienda.
Yo os le doy por propia prenda,
si para fianzas valgo.

(Paséase JUAN TOMÁS.)

JUAN TOMÁS:

¿En qué oficio?

CAMILO:

Mayordomo.

JUAN TOMÁS:

¿De dónde sois?

FILANDRO:

De aquí soy.

JUAN TOMÁS:

Buen talle, contento estoy.
Ved la gravedad que tomo.
¿Hay tal desvanecimiento?
Pero no es desvanecido
hombre que se ha conocido
y que intenta un fingimiento.
Aquel se tiene por loco
que cree que es gran señor,
teniendo humilde valor;
pero yo téngome en poco,

sino que voy procurando
ser algo por mí, en efeto.
¿De aquí sois? ¡Qué buen sujeto!

CAMILO:

Mucho le vais contentando.
Es un grande caballero.

FILANDRO:

Aquí estoy para serviros.

JUAN TOMÁS:

Yo no tengo qué deciros,
a Camilo me refiero.
Él hará el acostamiento
y quedaréis por mi cuenta.

FILANDRO:

Beso esos pies.

JUAN TOMÁS:

¿Quién no intenta
tan notable atrevimiento?
¿Cómo esas cosas habrá
con principios tan humildes?

CAMILO:

Pajes hay aquí.

JUAN TOMÁS:

Decildes,
Camilo, que entren acá.

(Salen FABRICIO y HORACIO, pajes, y él paséandose.)

FABRICIO:

Denos vuestra señoría
los pies.

JUAN TOMÁS:

Seáis bien venidos.
Ya estáis los dos advertidos
de lo que en esto querría.
¿Traéis espadas?

HORACIO:

Sí, señor.

(Paséase.)

JUAN TOMÁS:

¿Cómo os llamáis?

FABRICIO:

Yo, Fabricio.

HORACIO:

Yo, Horacio, a vuestro servicio.

CAMILO:

Son mozos de gran valor.

JUAN TOMÁS:

¿De dónde sois?

FABRICIO:

Yo, romano.

HORACIO:

Yo, señor, soy ginovés.

JUAN TOMÁS:

Mirad el mundo lo que es,
todo es nada y viento vano.
Con dos bueyes solía ir,
hoy, con dos pajes paseo;
este, sin duda es rodeo
del nacer para el morir.
Desvela la autoridad
cosa que alcanza el dinero,
pues yo, ¿con tan poco espero
cobrar tanta calidad?
Ser caballero es tener,
sin que noticia se tenga
de dónde el principio venga,
pues todos somos de un ser.
La nobleza es la virtud,
todos nacimos de un padre,
es la tierra común madre,
de la cuna al ataúd.

CAMILO:

¿Querrás el lacayo?

JUAN TOMÁS:

Quiero
ir acompañado a misa.
Cosas de honor quieren prisa.

Entre y verele primero.

(Sale ROBERTO, vestido de lacayo.)

ROBERTO:

Las de vuestra señoría,
príncipe español.

JUAN TOMÁS:

Por cierto
que es bueno. ¿El nombre?

ROBERTO:

Roberto.

JUAN TOMÁS:

¡Buen talle, por vida mía!
A ver, paseaos un poco.

ROBERTO:

¿Soy caballo o soy lacayo?

JUAN TOMÁS:

¡Qué tieso!

ROBERTO:

Parezco un mayo.

JUAN TOMÁS:

¿Qué partes?

ROBERTO:

Borracho y loco.

JUAN TOMÁS:

¿Decislo de veras?

ROBERTO:

Soy
limpio, cual veis, y aseado;
pícome de enamorado,
hago piernas, pecho doy.
De la braveza no os digo
mas de que por perspectiva
es imposible que viva
el que no fuere mi amigo,
y tengo gracia en hacer
versos, que canto a un laúd.

JUAN TOMÁS:

Cual tengáis vos la salud,
todo eso debe de ser.

ROBERTO:

Quedo, que no hemos comido
tanto pan que no podamos
retozar si nos burlamos.

JUAN TOMÁS:

¡Lindo humor!

CAMILO:

Es escogido.

JUAN TOMÁS:

Yo sé también de la hoja,
y no hay año que por mayo
no despedace un lacayo,
porque su sombra me enoja.

ROBERTO:

No es amo que he menester.
Adiós.

JUAN TOMÁS:

Volved, ¡pesia tal!,
que no os habéis de hallar mal.

ROBERTO:

Famoso debéis de ser.
Estos amos son los buenos,
y no alcorzas afeitadas.

JUAN TOMÁS:

Busca dos negras espadas,
matarete por lo menos.

ROBERTO:

Norabuena, que deseo
ser muerto de buena mano.

JUAN TOMÁS:

Yo me voy, Camilo hermano,
a buscar mi nuevo empleo.
Ténganme caballo aquí

para la vuelta.

CAMILO:

Así sea.

JUAN TOMÁS:

¿Qué hay del frisón?

CAMILO:

Que pasea
mejor que en mi vida vi.
¿No os agrada?

JUAN TOMÁS:

Sí, por Dios,
basta venir de esa mano.

(Vase JUAN, el lacayo delante, los pajes detrás, éntrase muy grave, quedan CAMILO y FILANDRO.)

CAMILO:

Aunque es español marrano,
lo ha de hacer muy bien con vos,
que toca en la vanidad,
y ceremonia, y lisonja
le chuparán, como esponja,
dineros y voluntad.

(Salen LEONELO, caballero, y dos criados, TEODORO y RIBERIO.)

LEONELO:

¿Español dices?

TEODORO:

Señor,
español y caballero.

LEONELO:

¿Si es deudo del Conde?

TEODORO:

Quiero
que conozcas su valor,
en lo que te he referido
del diamante.

LEONELO:

¿Que es tan bueno?

TEODORO:

No da el sol, de rayos lleno,
más luz, estando encendido
que a respeto de sus partes
tan pequeña cantidad.

LEONELO:

Arguye su calidad.

RIBERIO:

No es cosa por que te apartes
del intento venturoso
de la pretensión de Octavia.

LEONELO:

¿Cómo que no, si me agravia
y estoy celoso y quejoso?
Del que haya entrado en su casa
no formo celos ni quejas,
de que ose mirar sus rejas
cuando por la calle pasa,
ni de otras cosas ansí;
mas que Celio haya contado
que mil regalos le ha dado,
me tiene fuera de mí.
¿Camisas Octavia a un hombre
español y forastero?
¿Guantes y lienzos primero
que su marido se nombre?
¡Ah, Conde, ayer mercader,
a quien dio hacienda el mar fiero
y el título dio el dinero!

TEODORO:

Todo se ha echado de ver.

RIBERIO:

Ya dicen que está en su casa.

LEONELO:

¿También?

RIBERIO:

¿A qué se previene?
Pues si allí aposento tiene,
tú verás a lo que pasa,
que es mala naturaleza
y, en fin, españoles son,
que llegan al corazón
y empiezan por la corteza.

TEODORO:

¡Matarle!

LEONELO:

Hablaste, Teodoro,
con mi propio pensamiento.
Pero vesle aquí que atento
mira el oriente que adoro.
¿Hay más loca vanidad
que la desta pobre gente?
¿Que esto a Octavia le contente?

TEODORO:

Son la misma liviandad,
siempre escogen lo peor,
y es gracia, si así la llamas,
que a un estranjero las damas
gusten de hacerle favor.

(Sale JUAN TOMÁS, con sus pajes y lacayo, él detrás, grave.)

JUAN TOMÁS:

¿No se pone en el balcón?

FABRICIO:

Denantes estaba allí.

JUAN TOMÁS:

¿Voy bien puesto?

HORACIO:

Señor, sí.

JUAN TOMÁS:

¡Qué buen trocar de azadón!
Parezco, en estos combates,
mar que crezco con la luna.
Del pincel de la fortuna,
soy tabla de disparates.
¿Qué pinturas hay brutescas
que se puedan conferir
a ver por Nápoles ir
el caballero de Illescas?
¡Qué fábula representa
el mundo en mi elevación
más ridícula!

LEONELO:

No son
amigos amor y afrenta.
No puedo sufrir que estén
juntos, Teodoro, en mi pecho,

porque si él les viene estrecho,
no dudes que a mí también.
(Sale CELIO.)
¿Si será ocasión de hablalle?

TEODORO:

Paréceme a mí que no.

PAJE:

Don Juan, mi señora os vio
paseando por la calle,
y os ruega que a vella entréis.

JUAN TOMÁS:

Idos todos por ahí.
¿Que tan dichoso nací.
Celio?

PAJE:

Vos lo merecéis.

(Vanse JUAN TOMÁS y CELIO, solos.)

RIBERIO:

Llamole el paje y entró.

LEONELO:

Esto es hecho. ¿Yo qué aguardo?

TEODORO:

¡Por mi vida que es gallardo!
¡Con qué donaire pasó!

LEONELO:

Pasó con tanto donaire
a los ojos que yo miro,
que como bala de tiro
me pudo matar el aire.
La noche quiere cerrarse.
Tarde saldrá; armarme quiero.

TEODORO:

Y de paciencia primero.

LEONELO:

Eso no es, Teodoro, armarse,
es confesarse rendido.
¡Ay, español vitorioso,
guárdate bien de un celoso
en vísperas de ofendido!

(Vanse.)

(Sale JUAN TOMÁS solo, y OCTAVIA con él.)

JUAN TOMÁS:

Estimo la cortesía,
mi señora, que me hacéis.

OCTAVIA:

A lo que vos merecéis
y a lo que el alma os debía,
todo es muy poco, don Juan.

JUAN TOMÁS:

Sin el anillo no es bien
que aquesas manos estén;
hoy el anillo os darán.
Daré los dos mil ducados,
aunque a cambio tome mil.

OCTAVIA:

Ya que en todo sois gentil,
seldo en pagar mis cuidados.
Si queréis que en vuestro nombre
le traiga, yo os enviaré
el dinero, o le diré,
aunque del plazo se asombre,
que vos lo habéis enviado.

JUAN TOMÁS:

Por enlazaros consiento
este descortés intento
en lo que a mí me ha tocado.
Dádselos en hora buena
porque luego le traigáis.

OCTAVIA:

Por la prenda que me dais
os doy aquesta cadena.

JUAN TOMÁS:

Yo la tomo como quien
ya es esclavo desos ojos.

OCTAVIA:

Guardaos, no vengan antojos
que otros ojos os los den.

JUAN TOMÁS:

Seré luego conocido
y doblareisme la pena.

OCTAVIA:

Doblaré yo la cadena
de otras vueltas.

JUAN TOMÁS:

Eso pido.
¿Qué Indias son estas, amor?
Quien de su concha no sale,
a una vil piedra se iguale
en cantera sin valor;
mas la que sale de allí
y sirve en rica portada,
ya tiene valor. labrada,
como yo le tengo aquí.
Mi señora, ¿con deseo
estáis de saber quién soy?

OCTAVIA:

Con tanto deseo estoy
que a mis pensamientos creo.
¿No sois español? Pues basta.

JUAN TOMÁS:

No quiero tanto favor,
mas que entendáis el valor
de mis padres, nombre y casta.
Nací en la mitad de España,
que poniéndole un compás,
por ninguna parte hay más
de las partes que el mar baña.
Yo soy don Juan de la Tierra,
apellido en mi linaje,
que -porque el prólogo ataje,
pues quien se alaba al fin yerra-
nací como el Rey nació,
y tengo sangre como él,
que mi linaje fiel
del primer rey decendió
que fue señor en el mundo.
Son mis armas un arado
en campo verde de un prado,
blasón de Wamba segundo.
Salí a ver a Italia, en fin.
Mi padre come la renta
de las tierras que sustenta,

retirado en un jardín
donde él propio le cultiva,
que algún senador romano
plantó a veces con su mano,
el mirto, el olmo y la oliva.
No tengo, después que el mar
tanta hacienda me robó,
cosa con que os pueda yo
esta voluntad mostrar,
ni que quien soy acredite,
si no es que el alma veáis,
que por el pecho miráis
y el pecho al cristal imite.
Pero cual soy, cual estoy,
estranjero y perseguido,
vuestro soy y vuestro he sido,
y el alma en prendas os doy.

OCTAVIA:

Español, don Juan, amigo:
tres títulos que podrán
asegurarte que están
todas mis fuerzas contigo.
Inclinada a tu nación,
por decreto celestial
desprecie mi natural,
si es natural condición,

y era todo un cierto agüero
de que te había de amar.
No puedo de espacio hablar
en lo que te adoro y quiero,
porque hay padre y hay testigos,
a quien ya he echado de ver
que es pedirme por mujer
tenerlos por enemigos.
Pero mira quién será
contra amor tan atrevido,
que o tú serás mi marido
o que por nacer está.
No juzgues atrevimiento
lo que voy contigo hablando,
porque la mujer, amando,
carece de entendimiento,
sino mira con piedad,
para que tu amor me crea,
que quien ama, si desea,
no tiene dificultad.

JUAN TOMÁS:
Si no la tiene quien ama
y no os puedo pretender
por legítima mujer,
haced un hecho de fama:
venid a España conmigo,

adonde seréis señora
de cuanto en mi tierra ahora
a vuestro servicio obligo,
que aunque es poco, es en la parte
desta provincia mejor.

OCTAVIA:

¿Qué negará un grande amor?
Don Juan, más hice en amarte.
Traza el modo, sin que entienda
mi padre tan gran locura,
que si tú fe me asegura
que soy y seré tu prenda,
iré a España y hasta donde
jamás llegó humana planta.

JUAN TOMÁS:

Pues tu voluntad es tanta
que a mi firmeza responde,
esta mano es prenda, y tal,
que solo podrá la muerte
deshacer lazo tan fuerte
sobre mi forma inmortal.
El modo será que estés,
la noche que te avisare,
sin que ninguno repare
que me hablas ni me ves,
a punto para partir,

que yo tendré una tartana
velera, fuerte y liviana,
para que podamos ir
hasta España por el mar,
que con un ángel yo sé
que en su margen pondré el pie,
sin que me vuelva a engañar.

OCTAVIA:

¿Cumpliraslo?

JUAN TOMÁS:

Es infalible.

OCTAVIA:

¿Cuándo será?

JUAN TOMÁS:

Brevemente.

OCTAVIA:

¿Quién hay que amando no intente
alguna cosa imposible?
Torno a decir que soy tuya
y que te espero.

JUAN TOMÁS:

Verás,
Octavia, [a] qué tierra vas.

OCTAVIA:

De tus efetos se arguya.
Bien haya la tierra, amén,
que tales hombres produce.

JUAN TOMÁS:

No es oro lo que reluce.

OCTAVIA:

Adiós, alma.

JUAN TOMÁS:

Adiós, mi bien.

(Vase OCTAVIA, queda JUAN.)

Subí, llegué, toqué, cometa he sido;
solo me falta deshacerme luego,
pero si estoy en la región del fuego,
¿qué mucho que de allá salga encendido?
Tracé, dije, rendí, diose a partido
la gran ciudad a cuyas puertas llego,
porque, siendo español, parezco griego
en el engaño y el andar perdido.
Esfuerza, para aumento de sus glorias,
cebo dorado que las almas pescas,
la vela con que salen mis historias.
Porque tendrán, si el viento me refrescas,
Toledo, fiestas y Madrid, vitorias,
laurel, amor y caballero, Illescas.

Acto III

Suenan dentro voces, como de tormenta.

UNA VOZ:

¡Ten cerca de la orilla, acosta a tierra!

OTRA VOZ:

¡Boga, que nos deshace el viento! ¡Amaina!

OTRA VOZ:

¡Ah, mar traidor, qué gran peligro encierra
esa tu condición de bestia zaina!

JUAN TOMÁS:

¡Virgen de Illescas! ¡Virgen de mi tierra,
la espada de rigor, piadosa, envaina
al hijo que pariste!

OCTAVIA:

Ya zozobra.

JUAN TOMÁS:

La tierra es esta, Octavia, aliento cobra.

(Salga JUAN TOMÁS y trae en brazos medio desnuda a OCTAVIA.)

JUAN TOMÁS:

Siéntate, si por dicha tienes vida.

OCTAVIA:

Aún tengo vida en el postrero aliento
a la esperanza de la tuya asida.

JUAN TOMÁS:

Mal me trata el furor deste elemento;
ya queda la tartana sumergida.

OCTAVIA:

¡Indómito rigor, contrario viento!
¿Nuestras ropas y joyas?

JUAN TOMÁS:

Allá quedan.

OCTAVIA:

Las vidas bastan que librarse puedan.

JUAN TOMÁS:

En mal punto de Nápoles salimos,
entre tantas espadas y contrarios.

OCTAVIA:

Hazaña temeraria acometimos.

JUAN TOMÁS:

Son todos los amantes temerarios.

OCTAVIA:

¿Qué tierra es esta?

JUAN TOMÁS:

España.

OCTAVIA:

¿Qué perdimos?

JUAN TOMÁS:

Dineros, joyas y vestidos varios.

OCTAVIA:

¿Qué importa, si es la tierra en que se encierra
de vuestro estado la dichosa tierra?
Demás que aquel anillo es venturoso.

JUAN TOMÁS:

¿Viene con vos?

OCTAVIA:

Conmigo, don Juan, viene.

JUAN TOMÁS:

Reliquia contra el mar tempestuoso
ese diamante en sus peligros tiene.

OCTAVIA:

Pésame, que venderle es ya forzoso.

JUAN TOMÁS:

De ninguna manera nos conviene,
que cuando su valor alguno entienda,
nos costará las vidas y la prenda.

OCTAVIA:

¿Por qué razón?

JUAN TOMÁS:

Es joya tan preciosa,
y estamos tan desnudos y perdidos,
que dirán que es hurtada.

OCTAVIA:

¡Ay, mar furiosa!
¡Ay, crédito del mundo en los vestidos!
Decid quién sois.

JUAN TOMÁS:

¡Ay, mi querida esposa,
clara y divina luz de mis sentidos!
Ya estamos en España.

OCTAVIA:

Si ya estamos,
¿de qué teméis? A vuestra casa vamos.

JUAN TOMÁS:

Hay un gran mal.

OCTAVIA:

¿Qué mal, teniendo vida?

JUAN TOMÁS:

No lo puedo decir.

OCTAVIA:

Decildo, os ruego.

JUAN TOMÁS:

Daraos gran pena.

OCTAVIA:

Es pena prevenida,
no os receléis de que me mate luego.

JUAN TOMÁS:

Si aquesta calidad fuese fingida,
vos Troya, Octavia, y yo Sinón el Griego,
vendido el Conde y de su inobediencia
castigo esta maldad, ¿tendréis paciencia?

OCTAVIA:

¡Válgame el cielo, y que temores tengo!
¡Ay, español! ¿Qué has hecho? ¿No eres hombre
del valor que dijiste?

JUAN TOMÁS:

A tiempo vengo
que has de saber mi verdadero nombre.

OCTAVIA:

Dime, dime mi mal.

JUAN TOMÁS:

Ya le prevengo,
para que más mi término te asombre,
y condolido de tu pena el cielo
me dé castigo a mí y a ti consuelo.

Sabrás, desdichada Octavia,
que yo no tengo nobleza,
y que de padres villanos
nací en la villa de Illescas.
Si te dije que mi nombre
era don Juan de la Tierra,
no te engaño más que el don,
la tierra no, pues soy della.
De la tierra somos todos
mientras que en esta corteza
vive el alma, que allí para
cuanto de su nada engendra.
Oí decir a mi padre
un día, en sus mismas puertas,
acabando yo de echar
un carro de paja en ellas,
que ilustraban los linajes
o las armas o las letras:
las letras no las sabía,
las armas obrando aciertan.
Tomé mi espada y maté
un hombre junto a la iglesia,
donde me amparó su torre.
¡Qué buen principio de ciencia!
Salí con algún peligro
y acogido a una bandera

de un capitán que alojaba,
seguir propuse la guerra.

JUAN TOMÁS:

Diome un real el capitán
y jugando en cierta gresca
gané quinientos con él
y dos vueltas de cadena.
Matarme quiso un picado
y, mientras que se concierta,
robele su misma dama,
mujer más libre que honesta.
Llevé mi prenda a Madrid
sin que se alterase Grecia,
que ella fue Elena a lo sordo
y yo fui Paris de Illescas.
Siguiéronme los soldados,
Menalaos desta empresa,
y echándome la justicia,
corté una vara y dos piernas.
Perdido andaba una noche
cuando, temiendo su fuerza,
viéndome junto a palacio,
hice sagrado su puerta,
donde llegando tres hombres
de aquella misma pendencia
dieron sobre un caballero

que estaba inocente della.
Salí y púseme a su lado,
y rompiendo tres cabezas
hice oficio de padrino.

JUAN TOMÁS:

Y esto te ruego que adviertas:
que el hombre estaba embozado,
aunque mostraba en las señas
ser persona principal,
y me habló desta manera:
«No puedo decir quién soy,
mas toma este anillo en prendas
de que te estoy obligado.
Mi gente viene, a Dios queda.
Si se casare Isabel
y se acabaren las guerras
de Portugal y Castilla,
vende este anillo a la Reina.»
No cuidé de lo que dijo,
pasé a Italia y la cadena
y el dinerillo jugué,
antes que saltase en tierra,
donde salí sin vestidos,
porque, llegando a la prueba,
era la cadena falsa
y era cierta mi inocencia.

Yo lo que gané perdí,
mas soldados de galera
son algo más atrevidos,
y saltamos en la arena,
donde, no siendo disculpa
que mi villana esperiencia
jamás conoció más oro
que los hierros de una reja,
maté dos y me acogí
a vuestra Nápoles bella,
donde a Camilo le dije
todas aquellas quimeras.

JUAN TOMÁS:

Llevó el anillo a tu padre,
que si dice que la prenda
es falsa, tú tienes honra
y yo me quedo sin ella.
Diome los dos mil ducados,
puse casa, di libreas,
conquisté tu voluntad,
y debió de ser tu estrella.
Por Nápoles paseaba,
donde en las calles y tiendas
«veis allí -decían todos-
el Caballero de Illescas.»
Con esto arrojaste el alma

a lo que a los dos nos cuesta
el estar en esta playa,
yo con honra y tú sin ella.
Soy un pobre labrador,
sin nobleza y sin hacienda,
no mal nacido, ¡por Dios!,
que a los nueve salí fuera.
Murióseme cierto hermano,
hombre de buen talle y letras,
que estudiaba para obispo
-allá en el cielo lo sea-,
y mi padre me juró
que mi casta era tan buena
que por lo menos había
siete clérigos en ella,
y que alguno sería Papa.
Plega al cielo que suceda,
porque el Conde eche de ver
con qué persona emparienta.

OCTAVIA:

Caballero o labrador,
que el uno o que el otro seas;
español, que español solo
tan gran locura emprendiera,
esta ha sido mi fortuna,
no quiera Dios que aborrezca

mi vida por tu traición;
haz lo que quisieres della.
Solo me pesa que el mar,
inexorable y soberbia,
me robase tantas joyas
con que en España vivieras.
Mas lo que puedes hacer
es matarme, que mis fuerzas
no sé si podrán sufrir
vida de tantas miserias.
Cuando voy [a] aborrecerte
considero tantas prendas
como tienes de mi honor,
y que es razón que te quiera.
Quiero quererte, y mirando
tu alevosía y mi ofensa,
aborrezco tu maldad,
¡qué afrentosa competencia!
¡Déjame, fiero español,
el más crüel! Mas no, espera.
¡Ampárame, español mío,
morireme si me dejas!
¡Desvíate, no me toques,
infamia de mi nobleza!
Pero sí, que con tu amparo
tendrá mi culpa defensa.

Flaqueza fue de mujer
quererte; mas, ¿quién creyera,
viendo tu artificio y talle,
que no eras señor de Illescas?
Ahora bien, llévame allá,
que como si yo naciera
en tus campos y labranzas,
iré siguiendo mi estrella.
Viviré en hábito humilde,
que es justo que así se vea
quien por el mejor amante,
el más vil padre desecha.

JUAN TOMÁS:

No prosigas, bella Octavia,
y pues eres tan discreta,
mira en ejemplos del mundo
muchas historias como esta:
de una infanta de León
en toda España se cuenta
que Meneses, labrador,
mereció casar con ella.
Ven a Illescas, a mi casa,
que no hay casa tan estrecha
que, si me tienes amor,
palacio no te parezca.
No te faltarán vestidos,

sayas de grana las fiestas,
manto con que irás a misa,
limpia cama y mejor mesa.
Iremos los dos al campo,
y al primer hijo que tengas
le llamarás Rey, si es hombre,
y Emperadora, si es hembra,
pues quien ha de parir reyes,
téngase en puntos de reina,
que los casados, con hijos,
solo ese reino desean.
Yo viviré tan sujeto,
mi señora, a cuanto quieras,
que me querrás más villano
que caballero de Illescas.
También vivirás en paño
como el señor en la seda,
que el contento es alquimista
y el latón en oro trueca.
No pienses en los vasallos,
que si en los vasallos piensas,
dile a la fortuna en burlas
que lo que tienes desechas,
que todo en la muerte sobra
y a ninguno, cuando muera,
le han de dar más que aquel lienzo,

como fardo de la tierra.
Ven conmigo a Barcelona,
que yo haré allí de manera
que alleguemos a mi casa,
sin tocar en esta prenda.

OCTAVIA:

Bien harás, porque algún día
podrá ser que el dueño venga
a hacerte algún bien, don Juan.

JUAN TOMÁS:

El nombre, señora, deja;
solo Juan me has de llamar.

OCTAVIA:

Pues, Juan, yo voy más contenta
que si fueras igual mío.

JUAN TOMÁS:

Eres, Octavia, discreta.
Correrás a la fortuna,
si ve que te burlas della.

OCTAVIA:

¿Eres mi marido?

JUAN TOMÁS:

Sí.

OCTAVIA:

Pues eso basta que seas.

(Vanse.)

Salen el CONDE ANTONIO , y LEONELO, caballero.)

LEONELO:

¿De qué sirve, señor, desconsolaros
ni con tanto dolor perder el seso,
pues el dolor no puede remediaros?

CONDE ANTONIO:

Si no debo sentir este suceso,
¿cuál otro alguno a sentimiento obliga?
Una palabra no confiesa el preso.

LEONELO:

¿Qué queréis vos que en el tormento diga
Camilo, que sin duda está inocente?
Mejor será que al español se siga.

CONDE ANTONIO:

Si supiera, Leonelo, claramente
por dónde va el traidor, no perdonara
la edad que ya decrépita se siente.

LEONELO:

Que a España la ha llevado es cosa clara,
y que en su tierra la tendrá, sospecho.

CONDE ANTONIO:

¡Oh, España, siempre para mí tan cara!
Allá tuve un hermano, sin provecho

en cosas de los reyes ocupado,
a quien pasaron una noche el pecho.
¡Contentárase España de haber dado
este premio a Fabricio, sin que ahora
haya a mi Octavia un español robado!

LEONELO:

Siendo tan principal, poco desdora
vuestra nobleza.

CONDE ANTONIO:

Entiendo que era noble.

LEONELO:

Nápoles os consuela.

CONDE ANTONIO:

Mi honor llora
y yo no tengo corazón de roble,
aunque él sea noble, para estar contento,
viendo que usó conmigo trato doble.
Llevó mis joyas, que fue bajo intento,
pero, perdida Octavia, todo es poco;
de sola Octavia tengo sentimiento.

LEONELO:

Ahora os digo que, celoso y loco,
yo le pensé matar.

CONDE ANTONIO:

¡Dios lo quisiera!

LEONELO:

Pero temblando en el suceso toco.
Riberio, yo y Teodoro, al salir fuera
de tu casa una noche le aguardamos;
solo salió don Juan, ¡quién lo creyera!
Apenas las espadas le mostramos,
cuando a los golpes de la fuerte suya,
sangre y deshonra todos tres llevamos.

CONDE ANTONIO:

Que es ido a España es justo que se arguya,
pues es señor de Illescas, y así quiero,
si me acompaña la persona tuya,
irle a buscar. Mas llevaré primero
del Rey, para el de España, algunas cartas
que en Aragón, Leonelo, hallarle espero.

LEONELO:

Justicia llevas y razones hartas;
tus quejas bastan. Solo te suplico
que brevemente a lo que dices partas.
Ese hombre es noble, es generoso y rico,
y, en fin, señor de Illescas, villa honrada,
sin algo que a sus límites aplico.
Honra a tu hija y déjala casada.

CONDE ANTONIO:

Tú me aconsejas bien. Yo parto luego,
que por la mar es breve la jornada,
si no resiste a mi amoroso fuego.

(Vanse. Sale PEDRO TOMÁS, viejo y BELARDO, TIRRENO, RISELO, segadores.)

PEDRO TOMÁS:

A tres y medio en buenhora,
y si no, no hay qué tratar.

BELARDO:

Buen año para segar.

PEDRO TOMÁS:

Así van otros ahora.

TIRRENO:

¡Par Dios, Belardo, no estemos
en Castilla este verano!

BELARDO:

¡Voto al sol, Tirreno, hermano,
que poco en ella ganemos!
Dios os dio su bendición,
campos del Andalucía.

TIRRENO:

¿Es vuesa tierra?

BELARDO:

No es mía.

RISELO:

Tiene Belardo razón,
que es miseria lo de acá.

BELARDO:

Pero aquella es la mejor
donde un hombre tiene amor,
y más si en su centro está.
Y, ¡por tu vida!, Riselo,
que allá vamos a segar.

RISELO:

De servir y no medrar
canso con quejas al cielo.
Nuesamo, a cuatro o adiós.

PEDRO TOMÁS:

Ahora bien, por ser la gente
de buen talle, a cuatro asiente
y al precio quiero otros dos.

RISELO:

No sé si los hallaréis,
pero el campo nos mostrad,
y la comida enviad
a las horas que sabéis.

(Sale CASILDA, labradora.)

PEDRO TOMÁS:

¡Casilda!

CASILDA:

Señor.

PEDRO TOMÁS:

Al punto
sobre el pollino os poned.

BELARDO:

¿Es hija de su merced?

PEDRO TOMÁS:

¿Por qué lo decís?

BELARDO:

Pregunto.

PEDRO TOMÁS:

Sí es.

BELARDO:

Guárdesela Dios.

TIRRENO:

¿Ya la clavaste el ojo?

BELARDO:

Pues no tengamos enojo,
que otras hay para los dos.

PEDRO TOMÁS:

Enseñaldes la heredad,
y volved [a] apercebir
la comida.

CASILDA:

¿Que he de ir
con ellos?

BELARDO:

¡Pues no!

CASILDA:

¿En verdad?

BELARDO:

En verdad que habéis de ser
esta vez estrella nuestra,
que quien a tres hombres muestra,
tal nombre puede tener.
Si del trigo se hace el pan
y Dios baja al pan, yo os digo
que van, donde nace el trigo,
casi a Belén los que van.
De una reina se decía
que a los cueros se humillaba
adonde aquel vino estaba
que para el cáliz servía;
y, siendo así, no está mal
esta mi imaginación.

TIRRENO:

¡Par Dios, que Salamelón
no dijera enigma igual!

RISELO:

Es Belardo persabido.

BELARDO:

Las desdichas lo han causado,
que el que en ellas es letrado
no sale poco entendido.

TIRRENO:

Mejor dijeras que fue
ángel Casilda.

BELARDO:

¿En qué modo?

TIRRENO:

¿Pastores no somos?

BELARDO:

Todo
primero lo imaginé,
y era más ángel que estrella,
pero todo lo será:
estrella, por luz que da,
y ángel, porque es tan bella.

CASILDA:

¡Pardiez, padre, que tenéis
segadores de buen pro!

PEDRO TOMÁS:

Saca el jumento.

CASILDA:

Y que yo
temo que ensuegrar queréis.

PEDRO TOMÁS:

¡Anda, loca! Entrad vosotros,
y por do fuere seguilda.

BELARDO:

Perdido voy por Casilda.

RISELO:

¿Y somos bestias nosotros?

(Vanse los segadores y CASILDA.)

PEDRO TOMÁS:

Por este tiempo me acuerdo
que aquel traidor mal nacido
se fue de Illescas perdido,
si la memoria no pierdo.
Aquí fue donde metió
la paja aquel mismo día,
que de cuanto me debía
solo en pajas me pagó.
¿Qué habrá hecho la fortuna
de hombre tan desatinado?

(Sale JUAN TOMÁS y OCTAVIA, humildemente vestidos.)

JUAN TOMÁS:

A buen tiempo hemos llegado,
casi no hay gente ninguna.

OCTAVIA:

Es de mañana, mi bien.
Aquí un hombre se pasea,
sin que conozca quién sea.

PEDRO TOMÁS:

¿Qué es lo que mis ojos ven?

JUAN TOMÁS:

¡Ay Octavia! Este es aquel
que dio principio a mis días.
Yo llego como Tobías
con el ángel Rafael.

PEDRO TOMÁS:

¿Es mi soldado perdido?

JUAN TOMÁS:

Es tu hijo, padre amado.

PEDRO TOMÁS:

¡Válate Dios por soldado!
¿cómo tan presto has venido?
¿No se hace buen pan allá?

JUAN TOMÁS:

Sí, señor, buen pan había,
mas la carne cierto día

quiso echarme por acá.

PEDRO TOMÁS:

¿Es tuya aquesa mujer?

JUAN TOMÁS:

Estoy medio desposado,
que es hija de un padre honrado.

OCTAVIA:

Ved en qué me vengo a ver.

PEDRO TOMÁS:

Pues mientras la otra mitad
dese desposorio hacéis,
iros a dormir podéis
al campo de mi heredad,
que es buena cama de campo;
que yo en casa no recojo
bellacos.

JUAN TOMÁS:

Templa el enojo.

PEDRO TOMÁS:

Ya sabéis que yo me estampo
con el padre que me hizo.
¡Ved a lo que fue a la guerra!
Llamole el pan de la tierra
al bellaco tornadizo.
No pares aquí.

JUAN TOMÁS:

Señor,
oye, que esta es mi mujer.

OCTAVIA:

Por serlo podéis tener
de mi desdicha dolor.
Mirad que soy bien nacida,
aunque soy más desdichada.

PEDRO TOMÁS:

Porque parecéis honrada,
vergonzosa y encogida,
os admito con palabra
que será la boda cierta,
porque os juro que esta puerta
de otra suerte no se os abra.
Entrad, señor, y vestíos
de los hábitos pasados,
porque ya de los soldados
habéis de dejar los bríos.
Agradeced el entrar
a esa mujer.

JUAN TOMÁS:

Bien decís.

PEDRO TOMÁS:

Que tan quebrado venís
que tengo bien que soldar.
Y tomad en hora mala
la reja en que el buey suspira:
ni es para el asno la lira,
ni para el pobre la gala.
Id a segar con la gente
al campo, pues a los ojos
me traéis estos despojos
de guerra tan insolente.
Y ella si quiere ir allá,
vaya, o quede en la cocina.

OCTAVIA:

Aún soy dese oficio indigna
y es el que mejor me está,
aunque por la compañía
de mi marido allá iré;
seré yo la que les dé
la comida al mediodía.
¿Mandaislo ansí?

PEDRO TOMÁS:

Vos haréis
lo que en casa os diere gusto.
(Vase OCTAVIA.)
Ea, vos, que estáis muy justo,
¿de qué ahora enmudecéis?

Quitaos la sucia plumilla,
tomad sombrero de paja,
coma de lo que trabaja,
buey a quien el yugo humilla.
¡Alto al campo, picarón!

JUAN TOMÁS:

¡Ved en qué paró mi brío!
Solo vos, por padre mío,
me dijera esa razón.

(Vase JUAN TOMÁS.)

PEDRO TOMÁS:

En no os pareciendo bien
las Italias es mejor.
¿Quién le mete al labrador
en que otro oficio le den?
Porque danza al son del parche,
vuelta en jineta la reja,
diga al buey, arando: «ceja»,
y no al soldado que marche.
¡Oh, vanidades del mundo!

(Sale SISTO, labrador.)

SISTO:

El Corregidor os llama,
buen Pedro, y sabed que es fama,
fama que en verdad la fundo,

que los reyes de Castilla,
casados con bendición,
como tan devotos son
de la imagen desta villa,
vienen a cumplir su voto.
Illescas quiere hacer fiestas
y aunque hay personas dispuestas
para escoger en el soto
de toros media docena,
os dan este oficio a vos.

PEDRO TOMÁS:

Huélgome, Sisto, ¡par Dios!,
de la fiesta que se ordena;
mas por ser tiempo ocupado,
yo me quisiera escusar.

SISTO:

Sois Regidor, no hay lugar,
ya el concejo lo ha mandado;
no hay sino escogerlos luego.

PEDRO TOMÁS:

Vamos a la plaza.

SISTO:

Vamos,
y a mandar que pongan ramos
y a la noche enciendan fuego.

(Vanse.)

(Sale[n] BELARDO, TIRRENO, RISELO, cantando este villancico.)

(Cantan.)

[BELARDO, TIRRENO Y RISELO]:

Blancas coge Lucinda
las azucenas,
y en llegando a sus manos,
parecen negras.
Cuando sale el alba,
Lucinda bella,
sale más hermosa,
la tierra alegra;
con su sol enjuga
sus blancas perlas;
si una flor le quita,
dos mil engendra,
porque son sus plantas
de primavera,
y como cristales
sus manos bellas,
y ainsí con ser blancas
las azucenas,
en llegando a sus manos
parecen negras.

(Sale CASILDA con la comida.)

CASILDA:

Ya estaréis todos cansados
de esperar.

BELARDO:

¡Par Dios, que había
pensado que el mediodía
se perdió entre esos nublados!
¿Era tiempo que vinieras?

CASILDA:

Sentaos y tomá placer.

TIRRENO:

Como no le hay sin comer,
tú sola darle pudieras.
Mira aquesa bendición
de manadas que hemos hecho.

CASILDA:

¡Oh, que os entre en buen provecho
la comida y la ración!
Ea, partid.

(Siéntanse los cuatro a comer, sale LEONELO y el CONDE ANTONIO, y CELIO, de camino.)

LEONELO:

Esta gente
nos dirá si cerca estamos.

CONDE ANTONIO:

Buena gente, decid: ¿vamos
bien a Illescas?

BELARDO:

Bien, pariente,
y agradeced al comer
que dos pullas non lleváis;
por más que del Rey seáis,
no es poco de agradecer.

CONDE ANTONIO:

Donde quiera que pasamos
preguntan si el Rey se acerca.
Sin duda que viene cerca
y que dél muy cerca estamos.
No viene mal a mi intento
que venga al mismo lugar.

RISELO:

Quiero a Belardo brindar.

BELARDO:

Que lo oigo y que consiento.

RISELO:

¿Pues es notificación?

BELARDO:

Estoy ya tan enseñado,
que hasta el beber he pensado

que pleitos del cuerpo son.

LEONELO:

¿Sois deste lugar?

CASILDA:

Yo soy,
señores, deste lugar.
Si algo queréis preguntar,
aquí, como veis, estoy.

CONDE ANTONIO:

¿El señor de Illescas vino
con su mujer?

CASILDA:

¿Qué señor?

CONDE ANTONIO:

Don Juan.

CASILDA:

¿Don Juan? ¡Lindo humor!

CONDE ANTONIO:

Mi desventura imagino.

LEONELO:

¿No está aquí el señor de Illescas?

CASILDA:

El Rey es aquí señor.

LEONELO:

¿El Rey?

CONDE ANTONIO:

¡Confuso temor!

BELARDO:

¿Son de las guardas tudescas?

LEONELO:

No, hermano, napolitanos.

RISELO:

Y, ¿a qué vienen a la guerra?

LEONELO:

Luego, don Juan de la Tierra,
¿no está en esta villa, hermanos?

CASILDA:

¿Cuál don Juan?

CONDE ANTONIO:

Uno que fue
a Italia.

CASILDA:

Un Juan conocí
que tiene su padre aquí
y esta tierra que se ve,
que se fue a Italia soldado,
travieso y incorregible,
y de Illescas no es posible
que otro fuese.

CONDE ANTONIO:

Estoy turbado.
Cielos, ¿si es este español
dueño de la infamia mía?
Mas, ¿cómo tener podía
un diamante como un sol?
Si no es que yo me engañé
y era falso, que soy hombre.

LEONELO:

¿Ese Juan tiene otro nombre?

CASILDA:

Si es el que de Illescas fue,
es mi hermano Juan Tomás,
dispuesto a cualquier enredo.

CONDE ANTONIO:

Mucho lo confirma el miedo.
No quiero que digas más.

TIRRENO:

Gran gente suena.

LEONELO:

Sospecho
que el Rey debe de venir.

CONDE ANTONIO:

Justicia voy a pedir
del agravio que me han hecho.

LEONELO:

Acertarás en hablar
al Rey en esta ocasión.

CONDE ANTONIO:

Las cartas del de Aragón,
Leonelo, le quiero dar,
que este Infante es su sobrino,
aunque es de Castilla Rey,
que por justísima ley
a Isabela el reino vino,
hermana del Cuarto Enrique.

LEONELO:

Ven a verle.

CONDE ANTONIO:

¡Ay, hija mía!

BELARDO:

En la fiesta deste día,
¿quién hay que al lugar no pique?
Queden las hazas a Dios,
que a los Reyes quiero ver.

TIRRENO:

Lo mismo pensaba hacer
si os quedárades los dos.
Pues vamos acompañando
a Casilda.

CASILDA:

Es gran favor.

BELARDO:

Mujer que no tiene amor,
acompañarla burlando.

(Vanse.)

(Sale JUAN TOMÁS, y OCTAVIA, vestidos de labradores.)

OCTAVIA:

Es mi consejo, al parecer, tan justo,
que harás mal en querer tenerle en poco.

JUAN TOMÁS:

De obedecerte en lo que dices gusto,
mas el peligro con las manos toco.

OCTAVIA:

Ningún peligro te ha de dar disgusto.

JUAN TOMÁS:

¿Pues no es bastante a que me vuelva loco,
si pierdo este diamante por consejo
que tú me das y de su amor me quejo?

OCTAVIA:

Si viene el Rey y trae aquí consigo
sus grandes y señores, y pregonas
el anillo del modo que te digo,
más tu lealtad y condición abonas:
harás a un rey de tu valor testigo,

pues entre tan gravísimas personas
vendrá sin duda aquel que te lo ha dado,
de quien serás, como es razón, premiado.
Porque querer vender dos labradores
diamante tan precioso, es cosa cierta
que nos han de culpar, y que a mayores
peligros abriremos mayor puerta.

JUAN TOMÁS:

Si ha habido tantos yerros por amores,
y el que ama, si obedece, errando acierta,
yo quiero como amante obedecerte,
pues no hay peligro ni temor de muerte.
Y, pues el mar furioso en su tormenta
nos sepultó más precio que el diamante
en joyas, cuya luz me representa
a los ojos tragedia semejante,
piérdase aqueste si tu pecho intenta
que pregonarle así pase delante
que, en fin, al que viniere a dar las señas
conoceré mejor, como me enseñas.
Y siendo tal, como parece fuerza,
a quien deste diamante dueño ha sido,
tan gran servicio a galardón le esfuerza,
y tendrá más valor que no vendido.

OCTAVIA:

Cuando deste propósito se tuerza
nuestra fortuna habremos conocido,
y sin tener temor y confianza
viviremos seguros de mudanza.
Parte, mi bien.

JUAN TOMÁS:

Yo voy a que pregone
el que lo suele hacer en esta villa
este diamante, aunque el valor perdone,
con que parece octava maravilla.
Cuando el sol los Antípodas corone
y del mar español deje la orilla,
te volveré a decir, Octavia mía,
el fin de la fortuna deste día.

([Vase.])

OCTAVIA:

No tiene fin persecución alguna
de las que con mi estrella comenzaron,
porque a los desdichados en la cuna,
comenzando a nacer, los sepultaron.
Terrero he sido yo de la fortuna:
sus flechas me cubrieron y gastaron
de suerte, que me espanto que me acierte,
pues solo falta el golpe de la muerte.
(Sale BELARDO, segador.)

BELARDO:

Ven a la plaza, que te guarde el cielo
con tu cuñada a solo vella, Octavia;
verás al Rey del castellano suelo
con nuestra Reina, belicosa y sabia,
medir como las águilas el vuelo,
cuya divina vista el sol no agravia,
sobre el corto lugar que a su grandeza
hoy aposenta en rústica pobreza.
Ven a mirar el rostro milagroso
deste famoso aragonés divino,
de quien Castilla espera el venturoso
siglo, que ha tantos siglos que no vino,
y el de Isabela, en tanto grado hermoso,
honesto, puro, grave, heroico y digno
de ser, pues con más luz su margen baña,
como Apolo en el cielo, sol de España.
Verás tantos gallardos escuadrones
de soldados de guardas, de banderas;
tantos príncipes, duques y barones,
que destos dos planetas son esferas;
tantos Mendozas, Zúñigas, Girones,
Sandovales, Enríquez y Cabreras,
con otros mil linajes de importancia,
que no pudo aprendellos mi ignorancia.
Mil fiestas tiene el pueblo prevenidas,

a pesar de la siega comenzada,
para alegrar las dos famosas vidas
que han de poner el pie sobre Granada.
Allá dicen que van apercebidas
de hacer al moro una famosa entrada.
¿Qué aguardas que no ofreces juncia y ramos
a aquellos pies?

OCTAVIA:

Bien dices.

BELARDO:

Vamos.

OCTAVIA:

[Vamos]

(Vanse.)

(Sale acompañamiento y música y los Reyes, detrás DON FERNANDO y DOÑA ISABEL, el Rey leyendo una carta, el CONDE.)

INFANTE DON FERNANDO:

¿Vos sois el Conde?

CONDE ANTONIO:

Señor,
yo soy el Conde.

INFANTE DON FERNANDO:

Está bien.
¿Quién es este don Juan?

CONDE ANTONIO:

Quien
robó en Italia mi honor.

INFANTE DON FERNANDO:

¿Qué apellido?

CONDE ANTONIO:

De la Tierra,
y señor deste lugar.

INFANTE DON FERNANDO:

Este os debió de engañar.

CONDE ANTONIO:

Quien confía en mujer, yerra.

INFANTE DON FERNANDO:

Como fuere en quien confía,
que si mil vidas tuviera
en confianza las diera
a un cabello de la mía.

REINA DOÑA ISABEL:

Beso, señor, vuestras manos
por tal merced y favor.

INFANTE DON FERNANDO:

Más debo a vuestro valor
y méritos soberanos.

REINA DOÑA ISABEL:

Quien ama, de cuanto trata
saca cómo hacer merced
a quien quiere bien; creed
que no soy, Fernando, ingrata.

INFANTE DON FERNANDO:

De los ajenos errores
sale para mí el favor,
que los yerros de otro amor
os hacen tratar de amores.
Dice el Conde Antonio, un hombre
que el de Aragón me encomienda,
que le han hurtado una prenda,
con fingido trato y nombre.
Id, marqués de Santillana,
y sabed quién es aquí
don Juan de la Tierra.

MARQUÉS DE SANTILLANA:

A mí
me parece incierta y vana
la diligencia, señor,
que la Tierra es apellido
común de cualquier nacido,
y será buscarle error;
pero yo haré diligencia.
(Vase.)

INFANTE DON FERNANDO:

Encomiéndame mi tío
vuestro negocio, y es mío
cualquiera suyo en su ausencia.

REINA DOÑA ISABEL:

¿Que un español se atreviese
a un hombre tan principal,
fuera de su natural?

INFANTE DON FERNANDO:

¿Quién queríades que fuese?
Lo que no emprende español
ninguna nación lo acaba.

CONDE ANTONIO:

Pudo una industria tan brava
cegar los ojos al sol.
Caballero se fingía
con notable gravedad;
la opinión de la ciudad
aseguraba la mía.
Como es allá costumbre
decir, al que es principal,
el caballero de tal,
sin saberse campo o lumbre,
vasallos, cazas, ni pescas,
creí cuantos le trataban,

porque todos le llamaban
el caballero de Illescas.
Sacó una noche a mi Octavia,
y en una tartana el viento
ayudó su pensamiento,
que ayuda el mar al que agravia.
Y a mí, que era el agraviado,
me detuvo y no llegué
a poner en tierra el pie,
que quise pasarle a nado.

(Sale el MARQUÉS DE SANTILLANA.)

MARQUÉS DE SANTILLANA:

Haciéndose información
desta nueva maravilla
me dicen que en esta villa
hoy se va dando un pregón
que, por cosa tan notable,
es bien que vuestras altezas
lo sepan.

REINA DOÑA ISABEL:

Serán grandezas
de amor, vasallo admirable.

MARQUÉS DE SANTILLANA:

No es desa suerte, señora,
mas os iréis admirando.

REINA DOÑA ISABEL:

¿Cómo?

MARQUÉS DE SANTILLANA:

Que van pregonando
por esas plazas ahora
que quien hubiere perdido
a la puerta del palacio
de Madrid, con mucho espacio,
siendo error tan conocido,
un diamante de valor
de catorce mil ducados,
por lapidario tasados,
diga el engaste y labor
del oro y se le darán.

INFANTE DON FERNANDO:

¿Teneislo a burla?

MARQUÉS DE SANTILLANA:

¡Pues no!

INFANTE DON FERNANDO:

Pues ese he perdido yo,
si mis señas bastarán.

MARQUÉS DE SANTILLANA:

¡Caso estraño! ¿Vos, señor?
Verle sin señas podéis.

INFANTE DON FERNANDO:

Venga el dueño.

CONDE ANTONIO:

Aunque juzguéis
este pensamiento a error,
digo, señor, que podría
ser este diamante mío.

INFANTE DON FERNANDO:

¿Vuestro? ¿Cómo?

CONDE ANTONIO:

Y aún confío
hallar mi honor este día,
que el hombre que me engañó
me empeñó una piedra a mí
dese valor.

INFANTE DON FERNANDO:

¿Cómo así?

CONDE ANTONIO:

Y esta con otras me hurtó
mi hija, que estará aquí,
pues la vende o la pregona.

INFANTE DON FERNANDO:

Fue mía, y a esa persona
la di, que no la perdí,
aunque él dice que es perdida,

y fue la noche dichosa
que el ver mi Isabel hermosa
pudo costarme la vida.

REINA DOÑA ISABEL:
¿Cómo, señor?
INFANTE DON FERNANDO:
Aguardando
los caballeros que fueron
[a] hablaros, porque temieron
a los del contrario bando,
me acometieron tres hombres
y me pusieron de suerte
que temí, Isabel, mi muerte.

REINA DOÑA ISABEL:
¡Ay, mi señor, no la nombres!
INFANTE DON FERNANDO:
Pero un mancebo que estaba
a la puerta me ayudó
y los hirió, y me libró
-algún ángel le ayudaba-,
a quien, por obligación,
aquel hermoso diamante,
que no tiene semejante
en valor, a mi opinión,
díjele que os le trajese
si el Rey casaba con vos,

y él, viéndonos a los dos
juntos, quiso que supiese,
con este pregón que ha dado,
que es a quien la piedra di.

MARQUÉS DE SANTILLANA:

Ya viene su dueño aquí
con su padre, un viejo honrado.

(Salen el MARQUÉS, JUAN TOMÁS y su padre, PEDRO TOMÁS.)

INFANTE DON FERNANDO:

¿De dónde eres?

JUAN TOMÁS:

De aquí soy.

INFANTE DON FERNANDO:

¿Es tu padre aqueste viejo?

JUAN TOMÁS:

Sí, señor.

CONDE ANTONIO:

De quien me quejo
a tus pies mirando estoy.
Señor, aqueste es don Juan;
mándale prender.

INFANTE DON FERNANDO:

Espera.

JUAN TOMÁS:

¡Ay, cielos!

INFANTE DON FERNANDO:

¿De qué manera
veré el anillo?

JUAN TOMÁS:

Aquí están
el anillo, el corazón,
alma y vida a tu servicio.
Tu grandeza y real oficio
señas de crédito son.
Este es, señor, el diamante.

INFANTE DON FERNANDO:

Este es mío. ¿De qué suerte
vino a tu poder?

JUAN TOMÁS:

Advierte...

CONDE ANTONIO:

¡Cielos, traje semejante!

JUAN TOMÁS:

Huyendo deste lugar
vine a Madrid, y a la puerta
de su palacio, una noche,
vi un mancebo destas señas,
con una capa gascona,
hasta la barba cubierta,

y de un sombrero de plumas
coronada la cabeza.
Tres hombres, con las espadas
desnudas...

INFANTE DON FERNANDO:

Basta las señas.
¿Qué te dijo al dar su anillo?

JUAN TOMÁS:

Que le vendiese a la Reina.

INFANTE DON FERNANDO:

Dame tus brazos mancebo,
(Abrázale.)
que, ¡por vida de mí y della!,
que me pesa que hombre humilde
con valor tan noble seas,
que te hiciera un gran favor.

REINA DOÑA ISABEL:

Dejadme, señor, que vea
a un hombre que os dio la vida
y a quien toda España deba
tener tal Rey como vos.

CONDE ANTONIO:

Luego, ¿no tendré licencia
para pedirle mi hija?

INFANTE DON FERNANDO:

Ven acá. ¿Qué prenda es esta
que este caballero pide?
Di verdad, pues la profesas.

JUAN TOMÁS:

Si mis pensamientos altos,
envueltos en flacas fuerzas,
me despeñaron a Italia
y se aumentaron en ella,
que, empeñando este diamante
al Conde, le dije que era
señor de Illescas, mi patria,
y caballero de Illescas.
Don Juan de la Tierra fue
mi nombre, no Lara o Cerda,
que como en tierra nací,
fue mi nombre de la Tierra.
Robele su hija al Conde;
si hacerme algún bien deseas,
la vida sola te pido.

CONDE ANTONIO:

Mira si es justa mi queja.

INFANTE DON FERNANDO:

¿Dónde la tienes?

JUAN TOMÁS:

Señor,
habiéndonos la mar fiera
echado a tierra desnudos,
nos venimos a esta aldea,
donde, en casa de mi padre,
encubre sus altas prendas
el mismo rústico traje.

INFANTE DON FERNANDO:

Vaya la guarda por ella.

REINA DOÑA ISABEL:

¿Eres su padre, buen hombre?

PEDRO TOMÁS:

No, señora.

JUAN TOMÁS:

¡Cosa nueva!
Pedro Tomás, ¿qué decís?
No temáis que mal os venga.
¿Cómo negáis ser mi padre?

PEDRO TOMÁS:

Señor. de Nápoles era
su padre de Juan Tomás,
que no don Juan de la Tierra;
al rey Enrique servía.
Tuvo en una dama bella
un hijo, que fue este mozo,
y por ser prenda secreta

le dieron a mi mujer.
Mas cumpliendo un año apenas
le mataron a su padre
sobre negocios de hacienda.
Yo, por no desamparalle,
criele con mi pobreza
y quedose labrador.
Ved si la nobleza muestra.

CONDE ANTONIO:

El caballero que dices,
¿qué oficio tuvo en la guerra
y qué nombre?

PEDRO TOMÁS:

Era su oficio
ingenios y fortalezas;
Fabricio el nombre.

CONDE ANTONIO:

¿Qué escucho?
Y mis brazos, ¿a qué esperan?
Fabricio fue hermano mío,
que quiere el cielo que seas
mi sobrino y yerno.

JUAN TOMÁS:

Soy,
señor, quien tus plantas besa.

(Sale OCTAVIA.)

OCTAVIA:

Aquí vengo a obedeceros,
aunque con tanta vergüenza
como mi delito pide.

CONDE ANTONIO:

Octavia mía, no tengas
vergüenza; yo soy tu padre.
Llega a don Juan, pues hoy llega
a ser tu primo.

OCTAVIA:

Señor,
¿ya no culparás mi estrella?

INFANTE DON FERNANDO:

A buena dicha he tenido
que tan bien nacido sea
hombre que me dio la vida;
y si el servicio se premia,
dispense su Santidad,
y a sus bodas mi Isabela
y yo seremos padrinos.

REINA DOÑA ISABEL:

Seis mil ducados de renta
quiero que tenga don Juan.

CONDE ANTONIO:

Él tiene en Nápoles tierras
y alguna hacienda también,
que yerno y sobrino hereda.

INFANTE DON FERNANDO:

Por armas tenga el anillo,
y porque es bien que agradezca
al labrador la crianza,
del hombre la mayor deuda,
por él doy dos mil ducados
y una legua de dehesa
en las orillas del Tajo.

PEDRO TOMÁS:

Beso los pies de tu Alteza.

JUAN TOMÁS:

Aquí, senado, se acaba
esta historia verdadera,
que halló su autor en Italia,
del Caballero de Illescas.

Fin de la famosa Comedia del Caballero de Illescas.

Índice

Prólogo	4
Elenco	9
Acto I	11
Acto II	75
Acto III	127